

ESPACIO — EL MUNDO FUTURO

PETER KAPRA

LOS CENTRÍFUGAS

PETER KAPRA

LOS CENTRIFUGAS

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

© Peter Kapra, 1969

Depósito Legal: B.- 39588 -69

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso Gráficas Tricolor Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

—¡Hielo, sílice, amoníaco y ahora titanio endurecido! — gritó Jean Artoy, dirigiéndose a su oficial ayudante, la geólogo Iwry Gwanda, que permanecía ante él como una esfinge de ébano, de grandes y rasgados ojos, labios sensuales y abultados, nariz recta y rostro ovalado y fascinante—. ¿Qué clase de capa cubre este maldito planeta?

—Éste es el último análisis extraído en la cabina de perforación, señor —contestó aquella escultural mujer, ingrávida.

El comandante Artoy pulsó varios conmutadores de la máquina que tenía por mesa de trabajo —una complicada computadora «DJLS-234», provista de analizador electrónico— y los resultados que obtuvo en los indicadores le hicieron abandonarse en su asiento giratorio.

—Capitán Alker —habló entonces, con voz cansada, dirigiéndose a un micro de órdenes instalado a un lado de la mesa—, sustituya los platos de ataque de la perforadora.

—¿No sería mejor emplear los sistemas de fusión, señor? —preguntó una voz, procedente de otro lugar de la nave-sonda —. Es titanio, pero sus condiciones de dureza son extraordinarias.

—Haga lo que le digo, capitán Alker. Estamos a dos mil quinientos metros de profundidad. La fusión elevaría nuestra temperatura a cerca de dos mil grados. Ni contrarrestando los efectos del calor con los refrigeradores adicionales, podrían resistir aquí dentro. Prefiero más renunciar a la perforación antes de poner en peligro a siquiera uno de mis subalternos.

Pareció que el acento de Jean Artoy recaía sobre la última palabra pronunciada. En la cabina de control de perforación, el capitán Alker recordó que era el comandante Artoy quien mandaba la nave.

— Sí, señor.

Jean Artoy se quedó pensativo, con la mano apoyada en la barbilla y los ojos grises perdidos en el vacío. Era un hombre de unos dos metros de estatura, fuerte como un roble. Su coeficiente sanitario estaba compuesto de ocho ceros, lo que significaba que no tenía, ¡ni tuvo jamás!, una insignificante dolencia.

Contaba sólo treinta años, no estaba casado y parecía odiar a todas las mujeres del mundo. Quizá fuese por esto que había renunciado a un alto puesto en la Universidad Geológica de París, para aceptar el mando técnico de una nave-sonda de reconocimiento geológico por el Sistema Solar.

El año anterior, Jean Artoy, en su nave perforadora, llegó a tres mil quinientos metros de profundidad en el subsuelo del planeta Mercurio, alcanzando una temperatura de mil quinientos grados, límite máximo de seguridad en excavaciones subterráneas.

Se analizaron todas las capas y estratos que encontraron a su paso. Mercurio resultó ser el planeta más rico en minerales nobles. Hallaron platino en abundancia, oro y metales líquidos y pesados, como el que daba el nombre al planeta, y otros todavía no reconocidos, que aumentaron la tabla de elementos naturales.

Después de unos meses de descanso, honores, conferencias y entrevistas, Jean Artoy emprendió otra expedición a Júpiter. Una potente nave sideral les remolcó a través del «túnel hiperespacial», dejándolos sobre la superficie del planeta helado en menos de tres semanas.

La nave sideral, una «Super-star», con doce mil hombres a bordo, se instaló en el fondo de un profundo cráter de hielo, donde se montó la base de operaciones. Iban en ella más de mil hombres de ciencia, de las distintas ramas del saber humano. Aquello era una babel científico-militar, al mando del almirante Vezelay, jefe del Estado Mayor de Operaciones.

La nave-sonda «Vik-19» era sólo una parte de aquella expedición. Su misión, encomendada al comandante Artoy, consistía en penetrar en el subsuelo, perforando en sentido vertical, y analizar todas las capas qué formaban la corteza de Júpiter.

Esta labor había sido encomendada a Jean Artoy y a su equipo de treinta y dos colaboradores, geólogos con distintas categorías militares, dado que trabajaban para el Gobierno Mundial Federativo.

El puesto de Jean Artoy era envidiable y de gran responsabilidad, porque, pese a los medios técnicos con que contaban a bordo, un error podía dejarles enterrados a varios miles de metros de profundidad. Y, antes de que pudiera ocurrir esta posibilidad, Jean Artoy debía renunciar a la perforación.

No obstante, un estrato de titanio endurecido no era impedimento grave. Podían perforarlos, aunque hubiera de emplear más tiempo del previsto.

—Teniente Gwanda —exclamó Artoy, de pronto, mirando a su ayudante con extraña fijeza—: ¿Ha pensado usted en esquivar el obstáculo por medio de la perforación horizontal?

—Sí, señor. No me he atrevido a sugerírselo.

—¿Por qué, teniente?

—Razones de seguridad.

—Tiene muchos obstáculos esa perforación. Es laboriosa, incierta y

peligrosa. De acuerdo. Pero ¿y si las coronas de ataque no pueden perforar el titanio?

—La capa superficial la hemos atacado con dientes de iridio. Es probable que su interior sea más duro —informó la mujer, consultando la tabla que llevaba en la mano—. Pero los dientes de diamantina abrirán paso.

—Eso creo yo… Seguiremos perforando verticalmente. Vamos a la cabina de control de perforación.

Diciendo esto, Jean Artoy se puso en pie y avanzó hacia el marco de la puerta electrónica, la cual se abrió automáticamente. Seguido de la teniente Irwy Gwanda, avanzaron por un pasillo, en dirección a proa. Tuvieron que descender una escalerilla y desembocar en una sala en donde habían ocho técnicos, oficiales todos, que controlaban las operaciones de perforación llevadas a cabo por las coronas de ataque de la nave subterránea.

Una mujer, con uniforme de oficial mayor, rostro grave e inteligente, rubia y ojos azules, se volvió al entrar Jean Artoy y su ayudante. Les saludó cruzando su mano derecha sobre el pecho.

—Dificultades, señor —habló la mujer.

—¿De qué tipo, Mayor Olsen? —preguntó Artoy.

—Titanio fundido.

Diana Olsen se volvió y tomó una caja transparente que estaba colocada sobre una mesa y cuyo contenido grisáceo y brillante parecía tener partículas negras.

—Lo acaba de traer Jarry de la tobera de expulsión. El análisis es terminante. Podría ser natural, pero lo dudo.

—¿Se atreve usted a suponer que «algo» ha colocado esta capa de titanio a dos mil quinientos metros de profundidad, en realidad, a tres mil doscientos de la superficie exterior de Júpiter? —preguntó Jean Artoy.

—No me atrevo a suponer nada, señor — contestó la Mayor Olsen —. El análisis demuestra que se trata de titanio en plancha.

—Perforaremos. Voy con Alker y su equipo. Sigan analizando.

—Sí, señor.

Irwy Gwanda no había despegado los labios. Pero, utilizando una estilográfica electrónica, anotó algunos datos en la tabla de órdenes que llevaba consigo. La grabadora de su cintura también continuaba registrando todas las órdenes de su jefe.

Gwanda era una especie de perrillo faldero de Jean Artoy, de cuya eficacia coordinadora, en una nave de exploración científica como la «Vik-19», nadie tenía a bordo la menor duda.

La teniente de color era, dicho de otro modo, la personificación del

celo, de la seriedad y de la eficiencia.

Jean Artoy se volvió a su ayudante cuando hubieron cruzado la puerta que conducía a la cabina de perforación.

—Es mejor que se quede usted afuera, Irwy.

—¿Por qué, señor?

—Es peligroso para una mujer entrar ahí.

Ella sonrió.

—El capitán Alker ha domesticado a los «mineros», señor.

—No me refiero a eso, Irwy. Es peligroso permanecer en la cabina de perforación.

—El mismo peligro corre usted que yo, señor. No sea anticuado. Soy oficial de geología.

—Está bien, teniente.

El ruido que llegaba a través de los mamparos metálicos, al fondo del pasillo, indicaba claramente que el trabajo realizado por el capitán John Alker y sus hombres no era precisamente una futesa. Para entrar en la cámara de perforación había que cruzar dos compuertas. En la cámara intermedia se encontraban los indicadores de temperatura, presión exterior, radiación, etc.

Irwy echó un vistazo a los indicadores y dijo:

—Normal, señor.

Sin embargo, cuando se descorrió la siguiente puerta, el ruido se hizo insoportable.

Dentro estaba la máquina de perforación, de seis mil caballos de fuerza, accionados por pila de fusión nuclear. Allí se movían una docena de hombres sudorosos, que vestían un ligero taparrabos y llevaban los torsos desnudos.

El capitán Alker era un hombre de unos veintisiete años, de rostro angular y cabellos cortos y negros, el único que iba enteramente vestido con el buzo de trabajo, y que estaba inclinado sobre una de las diez toberas de absorción de material.

Todos llevaban, además, auriculares individuales.

De un armario, junto a la entrada, Jean Artoy tomó dos de aquellos auriculares y dio uno a Irwy, colocándose él otro y ajustando el micro ante su boca.

—Capitán Alker.

—Sí, señor — respondió el aludido, volviéndose a su superior.

—¿Aumenta la dureza de la capa de titanio?

—Mucho, señor. Iba a proponer cambiar las coronas de ataque y colocar la diamantina.

—Hágalo. Presenciaré el recambio.

Alker se volvió al equipo de ingenieros y dijo:

—Ben, Charly, alto la perforación. Hay que colocar los dientes de diamantina.

En el cono de ataque, donde giraban las coronas de perforación, los dos ingenieros aludidos accionaron los resortes automáticos y la nave sonda retrocedió imperceptiblemente. Otros sudorosos ingenieros, que habían estado activando la evacuación del material arrancado, procedieron a abrir las cajas de utillajes, sacando los fragmentos de la corona de perforación conocida como diamantina.

Al mismo tiempo, los encargados de la máquina habían detenido ésta y un silencio extraño reinó en el interior de la cámara.

—No creo que esa capa sea muy gruesa — observó el capitán Alker.

—¿Usted también cree que se trata de plancha fundida? — preguntó Jean Artoy.

—No sé qué decirle, señor. Prefiero atenerme a los análisis. Indudablemente, se hace difícil creer que hayamos encontrado restos de antiguas civilizaciones técnicas.

—No divague, Alker. Los fenómenos naturales todos tienen su explicación. Sólo hemos de encontrarla. Los estratos dejados atrás son lógicos. Éste no. ¿Qué civilización podía existir en capas tan inferiores? Más bien hemos de admitir que aquí se concentró titanio y que, en alguna época, existió una temperatura muy elevada.

—Posiblemente, señor —dijo Alker, sin ánimo de polemizar.

Jean Artoy se acercó a donde los ingenieros sustituían las coronas de perforación.

—Déjeme examinar directamente el titanio, Charly.

—Sí, señor.

Jean se acercó hasta una de las ventanas de perforación, allí donde partían las toberas de absorción o retirada de material arrancado, y vio la superficie pulimentada y metálica donde habían mordido las cuchillas de iridio. Allí reinaba una elevada temperatura, debido a la fricción de los metales.

Cuando Jean Artoy extendió la mano, para tocar aquel cuerpo brillante y resistente, Charly le dijo:

—Cuidado, señor comandante... Puede quemarse.

Jean sonrió y tocó la superficie brillante pasando rápidamente las yemas de los dedos. Notó la elevada temperatura y algo más... ¡Una ligera sacudida eléctrica!

Se volvió a Iwry y exclamó:

—¡Electricidad!

—¿Cómo? —preguntaron Iwry y Alicer a un tiempo.

—¡Marcha atrás y que venga el equipo de investigación exterior!

— añadió Jean Artoy—. ¡Volvamos al puesto de mando! ¡Quiero una comunicación inmediata con el Estado Mayor de la «Super-star»!

* * *

Durante unas horas, dentro de la nave sonda reinó una gran actividad.

—¡Las comunicaciones con el exterior son muy débiles! ¡Se diría que hay una intensa interferencia!

—El equipo de investigación se ha retirado. El fenómeno eléctrico va en aumento. Los indicadores están en rojo-tres.

—El capitán Alicer ha ordenado desalojar la cámara de perforación.

—¡Titanio radioactivo, señor! — informó la voz de Diana Olsen.

Todas estas órdenes llegaban hasta la mesa computadora del comandante Artoy, quien accionaba distintos pulsadores, procurando establecer la correlación de trabajo.

Al final, la «DJLS234» computó e informó en números que Jean Artoy y la teniente Gwanda interpretaron correctamente.

—Sobre el foco de perforación afluye una fuerte corriente eléctrica, cuyo voltaje y frecuencia aumenta de modo alarmante. Es como si ese estrato de titanio fuese un generador eléctrico.

—¡Parece inaudito! ¡Júpiter es un planeta deshabitado! ¡Estamos a dos mil quinientos metros de profundidad!— exclamó Iwry Gwanda.

Artoy no respondió. Luego, preocupado, preguntó:

—¿Se restablecen las comunicaciones con el exterior?

—No, señor. La dificultad va en aumento.

—Retrocedemos. Máquinas de popa, en marcha.

—Sí, señor — contestó otra voz.

Toda la nave pareció sufrir una sacudida, excesivamente fuerte, a juicio de Jean Artoy, quien preguntó:

—¿Qué sucede, Walton?

—Toda la escoria de titanio parece estar imantada.

—Hay una capa superficial, ya triturada. El amoníaco sólido está a menos de seis metros.

—Sí, señor. Retrocederemos.

Las dificultades no habían hecho más que empezar. Desde su puesto de control, Jean Artoy se dio cuenta de que el curioso fenómeno que envolvía a la nave perforadora tenía consecuencias incluso en el pozo ya realizado.

Normalmente, la nave-sonda encontraba pocas dificultades para retroceder por el agujero practicado y obstruido por los materiales

arrancados. Ahora, sin embargo, la perforadora de popa no funcionaba bien y sólo habían arrancado una breve porción de titanio.

—¡Magnetismo intenso! —advirtió la cámara de analización, por voz de la Mayor Olsen.

—¡Que se pongan todos los equipos aislantes! — gritó Jean Artoy, levantándose y yendo hacia el muro derecho de su despacho, donde se descorrió una panel, dejando al descubierto el vestuario del comandante.

Iwry Gwanda también se acercó y tomó una especie de buzo de goma, con recias suelas de caucho. Se colocaron aquellas prendas aislantes.

Toda la nave-sonda era metálica. Y una fuerte sacudida eléctrica les podía dañar. Por ello había dado Artoy la orden de colocarse aquellos horribles trajes que les daba un calor inmenso.

—Aumenten el potencial refrigerador.

—Sí, señor.

—Que acudan a mi despacho inmediatamente los jefes de sección. Suspendan todas las actividades.

En menos de diez minutos, frente a él estaban el capitán John AIker, la mayor Diana Olsen, el teniente Jerry Drew, el capitán Adam Walton y el jefe de máquinas, segundo comandante Louise Strong. Esta última mujer, morena e incitante, de fina cintura. Era una chica de veinticinco años, fascinadora y hechicera, ante la que ni siquiera Jean Artoy se sentía indiferente.

Ahora, empero, Louise Strong llevaba su buzo aislante y su figura se ocultaba bajo el caucho rojo.

—¿Estamos atrapados, comandante? —preguntó Louise.

—No exagere usted, señorita Strong.

—La nave no va abajo ni arriba.

—Puede que no vaya hacia arriba, pero iba perfectamente hacia abajo.

—¿Sugiere usted que continuemos perforando, pese al aumento de magnetismo electrostático? —inquirió Alker, sorprendido.

—No sugiero nada. Les he llamado para celebrar una conferencia... Pueden sentarse.

Al presionar varios pulsadores de su mesa, de los muros del despacho surgieron cómodas butacas, que ocuparon todos los presentes. Sólo la hermosa Iwry Gwanda continuó de pie, junto a la computadora de su jefe.

—Las comunicaciones con el exterior se han interrumpido — dijo Jean—. La interferencia magnética es muy intensa. No sé a qué obedece todo esto, pero se ha iniciado en el momento de la

perforación del estrato de titanio.

«Podíamos entablar la lucha de popa, a fin de salir de aquí antes de que sea tarde. Pero se me ocurre pensar que sí hacemos eso, jamás averiguaremos a qué se debe el fenómeno.

»Sospecho que nos encontramos en un punto a confluencia de fuerzas externa-interna y eso es lo que nos impide retroceder con facilidad. Somos una nave metálica, atraída por el magnetismo electrostático de esa capa de titanio endurecido.

»Por eso, aun a riesgo de tropezar con mayores dificultades, propongo que se continúe perforando por proa.»

—¿Pese al aumento de radiación eléctrica?

—Podemos contrarrestar su acción. Nadie tocará ni un objeto con las manos desnudas… ¡Eh! ¿Qué ocurre ahora?

El despacho había quedado totalmente a oscuras. Incluso la computadora «DJLS-234» dejó de funcionar.

—Teniente Gwanda, vaya a ver qué ha ocurrido en el generador de neutrones.

—Sí. Tenemos lámparas de emergencia, señor.

—Facilítenos unas cuantas. La situación tiende a empeorar. Vuelvan a sus puestos inmediatamente. Hay que tranquilizar a los hombres.

—Sí —dijo el capitán Alker, poniéndose en pie. Pero cuando quisieron salir, la puerta electrónica no se descorrió.

Habían quedado todos encerrados.

Capítulo II

Herman Bowl, segundo oficial de máquinas, abrió un armario y, con la mano enguantada, tomó una lámpara eléctrica individual de larga duración, a la vez que decía:

—¡Que nadie se mueva de su puesto!

—La presión baja rápidamente —habló un mecánico ayudante.

—¿No me digas, Jiller? Se ha Cortado la energía. ¿Esperabas que la presión aumentase, en tales circunstancias?

—Perdón, señor… ¿Qué hacemos?

—No hay comunicación con ninguna dependencia de la nave. Todos los accesos están bloqueados. El comandante y los oficiales están encerrados en el puesto de mando. Alguien tiene que hacer algo.

«Yo supongo que si el señor Artoy pudiera decirnos algo, sería para ordenarnos liberarle de su encierro, establecer las comunicaciones, aunque sean directamente y ver qué es lo que ha ocurrido. ¿No le parece, Jiller?»

—Sí, es lógico.

—Por lo tanto, aunque resulte un poco deteriorada la nave, voy a tomar un perforador individual y practicaré un agujero en el mamparo.

—¿Por qué no hace un agujero directamente al puesto de mando? El servicio de aseo cae exactamente debajo del despacho del comandante Artoy —dijo el mecánico Jiller.

—Me has quitado el pensamiento, Jiller. Ven y ayúdame… ¡Los demás que no se muevan de sus puestos! ¡Beery, reparte algunas lámparas!

—Sí, señor.

De un armario, sacaron el equipo de perforación individual, que era algo parecido a un antiguo soplete. Jiller ayudó a Bowl a transportar el depósito y una escalera extensible y metálica. Con todo ello penetraron en la cámara de aseo, cuya puerta no era electrónica. Allí, Bowl se subió a la escalera extensible y, utilizando la llave maestra que llevaba al cinto, dio varios golpes en el techo metálico.

Otros golpes, desde arriba, le contestaron.

—Alúmbrame, Jiller. Están allí. Abre la espita del gas.

Jiller obedeció y una llama azul surgió del extremo del soplete. Herman Bowl sólo tuvo que perforar un punto, fundiendo rápidamente el acero, y luego trazó un amplio círculo con el soplete, dejando la última parte sin cortar.

—¿Comandante Artoy? —llamó entonces Bowl.

—Hola, señor Bowl. Ha sido usted muy oportuno.

—Le ruego que empuje usted el disco y termine de cortarlo. Voy a quitarme de aquí.

Herman Bowl descendió de la escalera y se apartó. Al poco, la plancha rota cayó estrepitosamente al suelo. Entonces, volvió a colocar Bowl la escalera. Jean Artoy asomó por el agujero, sonriendo.

—Están ustedes incomunicados, ¿verdad? —preguntó.

—Sí. Pero no por mucho tiempo. Con esto me abriré paso a través de toda la nave. ¿Dónde quiere que perfore, señor?

—Nos interesa ir a la estación generadora. Perfore el pasillo número tres y luego haga otro agujero junto a la puerta de la estación.

—Sí, señor. Lo haré en pocos momentos.

—La Jefe de Máquinas irá con ustedes —añadió Artoy—. Ocupe su puesto, señorita Strong.

Louise descendió por el agujero. Jiller y Bowl la saludaron.

—¿Sabe usted lo que ocurre, comandante? —preguntó Herman Bowl.

—Ni idea. Pero nadie debe alarmarse. Vamos a cumplir las órdenes del comandante Artoy.

El soplete de Herman Bowl trabajó rápido y seguro, practicando un agujero de casi un metro de diámetro en el mamparo. Jiller enfrió rápidamente el acero y salieron los tres por allí. El pasillo estaba desierto, como era lógico.

Avanzaron por él, llevando el equipo de perforación individual, hasta llegar junto a la puerta de la estación generadora, donde Louise Strong golpeó con su llave maestra, emitiendo una serie de señales de Morse, que le fueron contestadas de inmediato por el mismo procedimiento.

—¿Qué ha ocurrido, Seller? —fue la pregunta de Louise Strong.

—El fuerte magnetismo exterior nos ha fundido el tablero de control. Aquí hay mucho humo y varios hombres están medio asfixiados. Yo he tenido tiempo de ponerme una máscara. Con el humo no soy capaz de ver lo que ocurre.

—¡Vamos a perforar el muro!

—¡Háganlo cuanto antes!

Louise apremió a Bowl, diciéndole:

—¡Perfora, Herman! ¡Voy a máquinas a buscar gente para sacar a los heridos! ¡Necesitaremos aspiradores!

Bowl hizo el primer agujero e inmediatamente el humo empezó a salir al pasillo, obligándole a retirarse. Olía horriblemente a goma quemada y a resinas. Sin embargo, tapándose el rostro, logró practicar un gran agujero circular. El humo denso y maloliente le envolvió casi

en el acto, a medida que avanzaba en su trabajo.

Louise Strong acompañado por cuatro mecánicos, llegó corriendo. Traían un aspirador de atmósferas, accionado por pilas, que empezó a desalojar el humo que salía a chorros del interior de la estación generadora.

También salió la suboficial Seller, protegida con una máscara antigás, la cual se quitó para decir:

—Algunos han debido morir… ¡Pronto, hay que sacarlos a todos de ahí! ¡Extraigan el humo!

El aspirador funcionó ante el mismo agujero realizado por Bowl, absorbiendo humo en grandes cantidades. Aun así, parecía que la estación generadora producía ahora humo y no energía eléctrica.

Al ver que transcurrían los segundos y el humo no se disipaba, la suboficial Seller se volvió a colocar la máscara y fue decidida hacia el agujero.

—¡Apártense! ¡Yo entraré!

El comandante Jean Artoy y su inseparable Iwry Gwanda llegaron en aquel mismo instante, provistos de sendas luces.

—Lo único que funciona es la gravitación artificial — observó Artoy—. De lo contrario, estaríamos ahora todos de cabeza o caídos en un montón contra los mamparos de proa.

—La «Vik-19» posee gravitación artificial por influjo magnético y está desconectada enteramente de la red de energía — replicó Iwry —. Se tuvo en cuenta cualquier contingencia en su construcción.

— ¡Tomen a éste! —exclamó la suboficial Seller, sacando a medias el cuerpo de un electricista inconsciente—. Tose mucho, lo que indica que vive… ¡Pasen el aspirador dentro, aprisa!

Los mecánicos se movieron con celeridad. Varias luces pretendieron sesgar el humo, en el interior de la estación. Y Herman Bowl, con un trapo de limpieza sobre el rostro, penetró también.

Había ya menos humo y las luces permitieron ver los cuerpos de hombres y mujeres caídos junto a la puerta de salida, que no se había abierto. Algunos estaban muertos ya y otros agonizando.

— ¡Oxígeno, pronto! — pidió Jean Artoy.

Fue Iwry Gwanda la que acudió con una campana de oxígeno, sacada de un depósito de emergencia, situado en el pasillo. Gracias a esta rápida acción, pudieron salvarse varias vidas. Sin embargo, de ocho personas atrapadas en la estación generadora, murieron tres. Una mujer y dos hombres.

Luego, se logró absorber todo el mundo y la suboficial Seller, junto con Herman Bowl y Louise Strong procedieron a localizar la avería en el tablero de control. Entonces se vio que la reparación era imposible,

mientras existiera el intenso campo magnético que irradiaba del estrato de titanio hallado en la perforación exterior.

* * *

—¡Soluciones, Louise! —gritó Jean Artoy, autoritariamente—. Soy responsable de todos los seres aquí atrapados y debemos hacer algo por salir al exterior,

—Si pudiéramos hacer funcionar los compresores... Sentada en una de las butacas, Iwry Gwanda hacía cálculos sobre su tabla de órdenes, empleando la estilográfica electrónica. De súbito, levantó la cabeza y dijo:

—Señor, mis cálculos indican que, si perforamos la capa de titanio, desaparecerá el magnetismo.

—¿En qué se funda usted para afirmar tal cosa? — preguntó Louise Strong volviéndose a la teniente geólogo.

—En el cálculo de la electromagnética comparada. Recuerdo una experiencia de laboratorio, por la que establecimos una ley.

—No divague, teniente Gwanda — replicó Jean, ásperamente—. No podemos accionar la perforadora por falta de energía.

—¡Pero disponemos de los chorros de fusión, señor!

—¿Quiere usted abrasamos vivos? Estamos a dos mil quinientos metros de profundidad, en el interior de un tubo cegado. Hacer funcionar los chorros de fusión será mortal.

—Podemos colocar a toda la tripulación en la cámara de perforación de popa, recubrir las paredes con protección aislante y... Bien, accionar a distancia los chorros de fusión.

Tanto Louise Strong como Jean Artoy guardaron silencio, mirándose y luego mirando a Iwry.

—Pues... no sé qué decir. ¿Cree que desaparecería el campo magnético? ¿De dónde proviene?

—Desaparecería en el momento mismo en que hubiese comunicación a ambos lados de los materiales que separa ese estrato de titanio.

—Déjeme ver sus cálculos, teniente — dijo Jean.

Iwry le entregó su tabla. Sobre las hojas de plástico blanco, la punta de la estilográfica electrónica había trazado una larga serie de guarismos de alta matemática, que fueron seguidos por el ojo analítico del comandante Artoy hasta desembocar en el resultado final.

—¡Hum! No sé qué decir.

—Es una posibilidad matemática, señor — insistió Iwry.

—Podemos probar y constatar los efectos. Sería interesante realizar

esa prueba. De dar resultado, será usted condecorada y ascendida, teniente Gwanda.

—En estos momentos me interesa más salvar mi vida y la de todos que una recompensa.

—Bien. Vamos a dar las órdenes.

Salieron del puesto de mando, utilizando el agujero practicado por Herman Bowl. Inmediatamente, Gwanda dio las órdenes de palabra, a todo el personal de abordo. Jean Artoy habló directamente con el equipo de perforación, a las órdenes del capitán John Alker. Con él estaba la mayor Diana Olsen, quien pidió examinar los cálculos de Iwry Gwanda, recelosa de que a ella no se le hubiese ocurrido tal solución.

—Pese a los aislantes, la temperatura aumentará hasta cinco mil grados en la cámara de popa — observó Diana.

—¿Cómo prefiere usted morir, mayor Olsen, asada o por asfixia?

—No sé qué es mejor, señor —dijo Diana, despectivamente—. Es usted el responsable. Yo estoy aquí para obedecer.

—Pues prepare los chorros de fusión atómica con el capitán Alker y luego lleve a todo su personal a la cámara de popa, donde el capitán Walton tendrá preparado todo el aislante térmico de los almacenes.

—Quiero también agua en abundancia. Si pudiéramos inundar la cámara de popa y sumergirnos en el momento de máxima calor...

—Podemos recurrir a ciento veinte mil litros de agua —intervino Iwry, cuya mente parecía sustituir a la computadora «DJLS-234»—. Con todo el personal dentro de la cámara, sobrará agua.

—¡Exacto, teniente Gwanda! ¡Avise al departamento de servicios y que nos envíen toda el agua que tenemos en los tanques!

Las órdenes se sucedieron y se ejecutaron rápidamente. Se eligió un equipo para preparar los chorros de fusión, dirigido por Alker y Diana Olsen. Y, en pocas horas, todo estuvo dispuesto para realizar la peligrosa prueba subterránea, en donde, fácilmente, podían dejar todos la vida.

Se tendieron cables para accionar los disparadores de los chorros, empleando dispositivos de distancia, y Herman Bowl, con Jiller y otros dos mecánicos, cerraron todas las aberturas que habían practicado a lo largo de la nave, a fin de aislar, lo más posible, la cámara de perforación de proa, donde se iba a producir la fusión, con la cámara de popa, donde se hacinaron veintinueve personas, con el agua hasta la cintura. De los grandes grifos de evacuación líquida surgía aún agua para cubrirlos a todos.

Los rostros estaban tensos. Jean Artoy dijo:

—De existir campo magnético externo e interno, con la perforación

por fusión, desaparecerá, porque se establecería una corriente compensadora. Es evidente, también que nada nos ocurre con la energía electrostática, puesto que nuestros generadores no funcionan.

Sólo estamos sujetos, por tanto, a una acción eléctrica externa, que nos favorece.

—Si intenta usted convencernos para que no tengamos miedo —habló la comandante de máquinas, Louise Strong—, no se moleste, comandante. Yo estoy que me muero del susto.

—Animo, comandante. Una mujer joven y bonita, como usted, no debe tener miedo.

—No soy bonita. Y, además, una cosa nada tiene que ver con la otra. ¿A qué esperamos, señor? —replicó Louise, desabridamente.

—A que suba algo más el nivel del agua.

—Subirá cuando agachemos todos la cabeza. La presión empieza ya a notarse. Yo de usted accionaría el detonador a distancia.

Jean Artoy miró en derredor. Todos estaban pendientes de él. Vio ojos muy abiertos, bocas crispadas, expresiones de miedo y preocupación. Sólo Iwry Gwanda sonreía. Ella le dio ánimo.

—Bien… ¡Inmersión! ¡Recuerden que tienen un minuto como mínimo pará permanecer dentro del agua!

Todos hundieron sus cuerpos en el agua. Jean Artoy les miró, presionando, al mismo tiempo el contacto del detonador y hundiéndose a su vez bajo el líquido que, si todo iba bien, podría calentarse hasta sesenta o setenta grados. Si lo hacía más, por efecto del calor desprendido por los chorros de fusión, perecerían como peces en un puchero de agua hirviendo.

Y lo peor era que no podían sacar las cabezas hasta que no hubiese transcurrido cierto tiempo, porque el aire sería mucho más caliente que el agua.

Inmediatamente después de presionar el detonador a distancia, toda la nave-sonda sufrió una conmoción brusca. Los tripulantes sumergidos en el agua se vieron arrojados unos contra otros, como si un maremoto interior sacudiera la cámara de perforación de popa, distante ciento cincuenta metros del lugar en donde se produjo la tremenda fusión atómica.

Y el agua elevó rápidamente la temperatura, pese al estancamiento aislante colocado por Adam Walton y su equipo, revistiendo todos los mamparos de fibra de cristal antitérmica.

Bajo el agua, provisto de una lámpara submarina, conteniendo el aliento y mirando un termómetro de mano, Jean Artoy vio subir rápidamente la columna de mercurio, al ascender la temperatura.

En pocos segundos, de veinte grados pasó a treinta y luego a

cuarenta. Jean Artoy tuvo la impresión de haber penetrado en un denso baño de vapor.

¡Y el termómetro continuaba subiendo!

Ahora, empero, más despacio, superaba los cuarenta y cinco grados.

Transcurrió un minuto. Jean Artoy se incorporó, sacando la cabeza del agua, al mismo tiempo que Louise Strong. Ahora, la nave no se movía. Pero el calor era asfixiante.

Algunas cabezas más asomaron bajo el agua. Hubo quien llegó a permanecer hasta dos minutos bajo el agua, quizá para prolongar su existencia temiendo que al emerger encontraría la muerte.

Pero no ocurrió así.

— ¡Cuarenta y ocho grados! — exclamó Jean Artoy—. Y apenas sube... ¡Creo que lo resistiremos!

¡No den más agua! ¡Toda la que venga de los tanques estará más caliente que ésta!

Iwry se acercó e, impulsivamente, echó los brazos al cuello de Jean Artoy, en una evidente muestra de poco respeto y familiaridad.

—¡Nos hemos salvado, señor!

—Por favor, teniente — objetó él, retrocediendo—. Ahora, conviene saber si el estrato de titanio se ha fundido. Y no podemos salir de aquí en varias horas. ¿Cómo reactivar el enfriamiento, mayor Olsen?

—Fuera de aquí, en toda la nave, debe existir un horno. No creo que ni en varios días podamos salir de aquí —dijo la mayor Olsen, con aspereza.

—No es usted muy optimista. Los cálculos de la teniente Gwanda indican absorción de calor por el titanio fundido —replicó Artoy.

—No confío mucho en los cálculos de la teniente Gwanda. Mucho me temo que jamás podamos salir de la trampa en donde estamos metidos.

—¿Y sus indicadores, sargento Seller, qué dicen? — preguntó Jean.

—La humedad ha penetrado en ellos... Aunque la acción magnética parece haber desaparecido —replicó la sargento Seller.

—¡Dios la escuche! —exclamó Jean, volviéndose a donde estaba Herman Bowl—. ¿Está dispuesto a envolverse en su equipo antitérmico para salir de aquí, señor Bowl?

—Sí, lo estoy.

—Estimo que deberíamos esperar a ver si desciende algo la temperatura, señor Artoy —medio la mayor Olsen, secamente.

«¡Eres una pájara de mal agüero! —pensó Jean—. No te haré caso. Quiero saber cuanto antes si voy a morir o no.»

Y, en voz alta, añadió:

—Proceda, señor Bowl.

Herman y Jiller retiraron parte del aislante térmico y utilizaron el perforador individual por encima del nivel del agua, practicando primero un agujero pequeño, por el que, una vez enfriado, extrajo Jean Artoy el termómetro. La calor exterior era de casi noventa grados.

—Deben cubrirse bien —aconsejó Jean Artoy—. Es preciso llegar hasta la estación generadora y ver el modo de poner en marcha los refrigeradores. No desmayen. Si se sienten sin fuerzas, regresen inmediatamente. Otros les sustituiremos.

Herman Bowl no contestó. Pero, cuando terminó de abrir el agujero y el calor le golpeó el rostro, fue Louise Strong quien avanzó, chapoteando en el agua, para decir:

—Yo iré contigo, Herman. Jiller nos servirá de enlace. Creo poder poner en marcha los refrigeradores en menos tiempo que tú.

—Estoy seguro de ello, señora — replicó Bowl, secamente.

Así, fue Louise Strong, ayudada por Iwry y la suboficial Seller, la que se colocó el equipo antitérmico y salió detrás de Herman Bowl.

Quince minutos más tarde, Louise regresó, asomó la cabeza, quitándose la máscara y dijo:

—La felicito, teniente Gwanda. Creo que será usted ascendida. La fusión ha sido un éxito... ¡Hemos perforado el estrato de titanio y se ha neutralizado el campo magnético exterior. Pronto repararemos los generadores y funcionará la refrigeración artificial!

CAPÍTULO III

Veinticuatro horas más tarde, el comandante Artoy pudo establecer contacto por radio con el Estado Mayor de la «Super-star», conversando inmediatamente con el Almirante Vezelay, quien había exigido prioridad absoluta cuando se lograse establecer el contacto.

—¿Comandante Artoy?

—A sus órdenes, señor Almirante —replicó Jean.

—¿Qué les ha ocurrido? ¿A qué se ha debido tantas horas de incomunicación?

—Hemos tenido una importante avería, señor Almirante. Lamento comunicarle la muerte de tres tripulantes de la estación generadora.

A continuación, Jean Artoy resumió todo lo ocurrido a bordo de la «Vik-19», desde que tropezaron con el estrato de titanio y las consecuencias que ello llevó consigo, para terminar diciendo:

—Gracias a la investigación de la teniente Gwanda, calculamos que empleando la fusión atómica podríamos perforar el estrato y anular el magnetismo que nos amenazaba.

—¿Qué producía ese campo magnético, comandante?

—Lo ignoramos, señor Almirante. Hemos comprobado que la capa de titanio es de medio metro de espesor, de gran dureza en su parte interior. Ahora está fundida, pero la mayor Olsen intenta analizar su composición.

»El estrato situado al otro lado del titanio es una tierra gris, compacta y suelta, granulosa, que no podemos clasificar aún. Supongo que debe ser un elementó de grafito desconocido.

»Lo más asombroso es que la capa de titanio, según sondeo de láser, es muy extensa, ilimitada. Eso me convence de que el sondeo vertical, para eludir el estrato, no habría dado resultado.

—Bien, comandante. Le sugiero que regresen a la superficie. Estudiaremos esos informes y decidiremos.

—Por favor, señor Almirante. Creo que deberíamos continuar perforando.

—¿Qué dice usted? ¿No ha informado que la nave está casi destruida?

—El equipo de mecánicos procede a reparar los agujeros. Las comunicaciones funcionan perfectamente. Y, hay algo más, señor Almirante, que he dejado para lo último. Eso es lo que induce a seguir adelante, porque intuyo un gran descubrimiento.

—¿De qué se trata, comandante Artoy?

—Hemos notado un cambio en el gravitómetro... ¡Se ha invertido la gravedad externa en un grado!

—¿Qué? ¡Eso es incomprensible!

—Exacto, señor Almirante. El descubrimiento lo ha realizado la mayor Olsen, con los analizadores externos. Se diría que, detrás de la capa de titanio, existe una gravedad centrífuga.

—¡Se irían ustedes hacia atrás!

— Todavía no hemos llegado a ese punto. Se trata de un solo grado. Pero, si continuamos perforando y avanzamos hacia abajo..., ¡resultará que vamos hacia arriba, según nuestros indicadores!

El Almirante Vezelay quedó tan confundido que estuvo unos segundos sin replicar. Luego, dijo:

—Está bien, comandante Artoy. Investigue ese fenómeno y manténgame informado. Profundice algo más.

—Debemos reparar algunos desperfectos causados por los chorros de fusión en la cámara de proa. El capitán Alker está trabajando con ahínco, ayudado por el equipo del capitán Walton. Confiamos poder reanudar la perforación dentro de veinticuatro horas.

—Correcto, comandante. ¿Algo más?

—Sí, señor Almirante. Me permito recomendar a usted a la teniente Iwry Gwanda para una condecoración y un ascenso. Gracias a ella estamos aún con vida.

—Lo tendré en cuenta y lo someteré a la junta de promoción. Este informe servirá de base. Puede contar casi con ello.

—Gracias, señor Almirante. Le seguiré informando.

Al cerrar la comunicación, empujando una palanquita de su mesa computadora, Jean Artoy levantó la cabeza y miró a Iwry Gwanda.

—Ya lo ha oído, tenien... ¿Por qué no capitán Gwanda?

La joven oficial ayudante bajó los ojos al suelo, como avergonzada.

—No debería usted molestarse, señor.

—Le debemos la vida, Iwry!

La joven era la primera vez que se oía llamar por su nombre. Hasta aquel momento, las relaciones entre Jean y sus subordinados habían sido estrictamente oficiales. Pero algo había cambiado a bordo con el accidente. Iwry fue la primera en notarlo.

Y le gustó el cambio. Ahora, Jean Artoy parecía más humano, menos enclaustrado en su mando, en la responsabilidad de su trabajo, en su enfrascamiento severo y distante. Incluso parecía satisfecho.

—Sólo he cumplido con mi deber, señor.

—Dígame una cosa, Iwry — habló él, de súbito, poniéndose en pie y acercándose a ella— ¿Qué opinión le merezco?

—¿Qué quiere usted decir, señor? No le entiendo.

—Hace casi dos años que está usted a mis órdenes. ¿Qué piensa de mí?

—Creo que es usted un comandante muy eficaz.

—Me refiero a mi persona.

—Un geólogo competente.

—¿Y particularmente, Iwry?

— Señor, jamás le he observado de modo particular. Siempre hemos estado dedicados al trabajo. Mirarle de otra manera habría sido una incorrección.

—Estoy pensando en que me abrazó usted en la cámara de perforación de popa, Iwry.

—Lo siento, señor. Fue un impulso irrefrenable. — Al decir esto, Iwry retrocedió un paso, bajando de nuevo la vista al suelo.

—Quisiera encontrarme de nuevo en peligro y salvarme para repetir la situación

—Por favor, señor Artoy. Le ruego que me disculpe. Si no tiene nada más que mandarme, me retiraré a mi cabina para ordenar el programa.

— Aguarde, Iwry. ¿Se ha enojado conmigo? ¿No he expresado bien mis sentimientos? Estoy intentando decirle que la admiro y que no me importa el color de su piel. Es usted bonita e inteligente. ¿Podría aspirar yo a...? Bueno, quizá, si comemos juntos hoy y tomamos una botella de champaña de mi país, puede que no vea usted en mí al jefe severo y arisco.

La morena epidermis facial de Iwry había enrojecido levemente. De haber sido de raza blanca, en aquel momento habría estado roja como la grana. Sólo acertó a balbucear unas palabras y luego, tomando su tabla de órdenes, salió rápidamente del despacho.

—¿Da usted su permiso, señor? —preguntó la segundo comandante y jefe de máquinas, Louise Strong.

La voz llegó hasta Jean a través del altoparlante de comunicación interior.

—Sí, pase, por favor.

Louise Strong, vestida de blanco, con sus galones dorados en los hombros y las estrellas sobre el pecho del buzo, apareció en la puerta.

Nada más entrar, la corredera electrónica se cerró tras ella.

—Tome asiento, comandante Strong —dijo Artoy, presionando una palanquita y haciendo salir una silla articulada junto a su visitante.

Louise se sentó.

—¿Un cigarrillo, comandante Strong? —ofreció Jean, tendiendo un paquete hacia ella.

Louise extrajo un cigarrillo, que se encendió en su extremo, al

contacto con el aire y, después de aspirar una bocanada de humo aromático y vivificante, dijo:

—Muy amable, señor Artoy.

—¿A qué debo el placer de su visita? —preguntó entonces Jean.

—Quiero recomendarle al capitán Herman Bowl para un ascenso. Su comportamiento durante el accidente ha sido muy meritorio.

—De acuerdo, comandante Strong. Ya he recomendado a la teniente Gwanda. No tengo inconveniente en recomendar también a Bowl. Delo por hecho.

— Gracias — dijo Louise, sonriendo.

Jean Artoy analizó aquella expresión de su visitante. Era la primera vez que veía sonreír a la jefe de máquinas.

—Llevamos juntos un año y medio, ¿verdad, comandante?

— Sí, señor. Ambos estrenamos la «Vik-19» para ir a Mercurio. Allí ascendí a mayor y luego a comandante — explicó Louise—. ¿Por qué lo pregunta?

—Es raro. Siempre me pareció usted una ingeniero adusta, severa y grave. Hoy, en cambio, la noto distinta.

—¿Quiere que le diga una cosa, señor? —preguntó Louise.

—Sí, por favor.

—Un hombre que me resultaba terriblemente antipático... Me refiero al mecánico Jiller, ha recibido de mí una palmada de aliento. El hombre se ha quedado tan sorprendido como yo misma.

»Y le diré más. Sentí de pronto la necesidad de hablar con alguien. He pensado en usted y he venido a verle.

—Jamás lo ha hecho. Siempre hemos hablado a través del intercomunicador o bien he sido yo quien la ha hecho venir aquí.

—Exacto, señor.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Ambos se quedaron silenciosos, mirándose.

—Algo ha ocurrido, comandante Strong. Hemos estado muy cerca de la muerte. Quizá sea por eso que he invitado a comer a la teniente Gwanda. Todos le debemos mucho a ella.

—¡Jamás me gustaron los negros! —declaró Louise, con vehemencia—. Nada me han hecho, lo confieso. Ni siquiera creo que sean de otra raza distinta o inferior. Ella es la única negra a bordo y por ser ayudante suyo, no me hacía gracia.

»En cambio, ahora... Sí, debe de ser lo que usted dice. Hemos escapado de la muerte por milagro. Eso influirá en nuestro subconsciente. Creo que hemos de procurar ver la vida de modo más risueño. Nunca estuvimos tan cerca del otro mundo, ¿eh?

Louise era, indiscutiblemente, la mujer más fascinante de la nave-sonda. Su figura era esbelta, tenía veintisiete años, pero aparentaba menos. Nada en sus facciones revelaban la cirugía estética. Ella era demasiado altiva, férrea y segura de sí misma para someterse a tales tratamientos frívolos.

Todo era en ella natural, incluso la altivez y la seguridad en sí misma.

Y, sin embargo, Jean Artoy, un Jean Artoy que se encontraba a sí mismo también cambiado, encontraba distinta a su jefe de máquinas.

—Sé que procede usted de los Estados Unidos, Louise.

Ella notó la familiaridad y le agradó.

—Sí, nací en un pueblo de Kansas. Allí tengo a mis padres.

—Deben sentirse muy orgullosos de usted.

—Sí, lo están. ¿Y usted, señor? ¿No tiene familia?

—No. Procedo de un orfanato, en París —confesó Jean, sin dejar de sonreír—. Tengo entendido que mi madre murió en un accidente aéreo, al poco de yo nacer. Ignoro quién fue mi padre. Es penoso, ¿verdad?

—Todos los seres tenemos nuestro destino. Lo importante no es lo que se fue, sino lo que se es. Y usted es un hombre inteligente y audaz. Pocos geólogos dejarían una cátedra como la suya para alistarse en la investigación geológica, con un sueldo del gobierno.

—La gente es ambiciosa, Louise. A mí, en cambio, me importa poco el dinero.

—Yo vine a esta nave después de dejar plantado al hombre con el que me iba a casar, Jimmy Ellis, de Nueva York, un tipo cargado de dinero, hijo de un armador —confesó Louise—. Le conocí en un club nocturno, donde se eligió a la mujer más bonita. Los focos me alumbraron a mí. Creo que no debió ser casual. Habían pocas mujeres de verdad aquella noche.

—No sea modesta, Louise. Es usted muy hermosa.

—Eso me dijo Jimmy. Se encaprichó de mí hasta ofrecerme la mitad de su fortuna por irme con él a Miami. Yo tenía que ir a trabajar a la fábrica. Estábamos terminando las pruebas de esta nave-sonda. Le dije que se pusiera fresco y me fui.

»Estuvo un mes siguiéndome por todas partes. Lo intentó todo por satisfacer su capricho y no tuvo éxito. Era un joven mal criado, mimado y consentido. Jamás había hecho nada de provecho, excepto dilapidar dólares de la cuenta de su padre. No comprendía como una mujer podía ser ingeniero en una factoría de construcciones militares. ¿Qué absurdo, eh?

»Al final, aburrido, Jimmy me pidió en matrimonio. Dijo que se

daba por vencido. Me quería y no podía vivir sin mí. Me dio lástima y fingí aceptarle. Luego, me presentó a su familia, que es como un museo arqueológico fosilizado. Sólo hablan de dólares, cotizaciones de bolsa, acciones, finanzas... ¡Piojos adheridos a la cabellera de la industria!

»Bien, ¿y por qué le cuento esto?

—Siga, Louise. Al final dejó plantado a Jimmy Ellis.

—Sí. Íbamos a casarnos al cabo de unos días. Todo estaba preparado. Nuestra casa en New Heaven, el yate trasatlántico, el hidroavión supersónico y hasta el submarino de bolsillo. Fue entonces cuando se entregó mi obra al Gobierno. Me enteré que deseaban un jefe de máquinas. ¿Y quién mejor que yo, que he construido la «Vik-19»?

»Mi solicitud se vio aprobada. Lo dejé todo y aquí estoy.

—¿No se ha arrepentido jamás de haber tirado por la borda un matrimonio de millonarios?

—¡No! —exclamó Louise—. Pese a los riesgos de este trabajo, encuentro aquí más aliciente y estimulo que en cualquier otra parte.

—Pues, hasta hoy, no lo ha demostrado usted.

—Ni usted tampoco, señor.

La tripulación dormía. La nave-sonda, introducida como un quiste en el corazón de la corteza de Júpiter, estaba inmóvil, a dos mil quinientos metros del fondo del cráter en donde se inició la perforación. Cientos de toneladas de «ganga» de silicio, amoniaco sólido, hielo y otras materias de origen cósmico, les cerraban el paso.

Esto no era inconveniente. Aunque el pozo estuviese cegado, ningún obstáculo les impedía salir, si perforaban levemente por popa. Ahora, casi todo estaba reparado. El campo magnético de electricidad electrostática había cesado al producirse la perforación del estrato de titanio.

Todo habían sido efectos de fenómenos extraños. Jean Artoy había ido a la cámara de perforación de proa y estaba allí, asomado a una de las negras ventanas de observación, preguntándose qué fenómeno había estado a punto de costarle la vida.

Todos los tripulantes se encontraban descansando ahora. Trabajaron duramente durante el día y la normalidad parecía haber renacido, como lo demostraban los informes recibidos de las distintas secciones y computados por la «DJLS-234».

También, Jean Artoy comió con Iwry Gwanda. Luego, la había besado y ella se abandonó a sus brazos, en la intimidad de la cámara particular del comandante.

Hubo cierto azoramiento en ambos y ella se retiró, alegando cierto

aturdimiento.

En poco tiempo habían sucedido muchas cosas dentro de la nave-sonda.

Jean Artoy quería averiguar por qué. Este era el motivo de su intempestiva e imprevista visita a la cámara de perforación.

Todo estaba silencioso y limpio. Primero examinó el «humus» que contenían las toberas de absorción. Era tierra negra, granulada, arenosa y blanda. Allí trabajarían vertiginosamente las coronas de iridio. John Alker lo había probado.

Jean Artoy también examinó el estrato de titanio endurecido, ahora negro, debido a la fusión. La radioactividad también fue absorbida y anulada.

Pero allí, en aquellos tres metros de espacio, bajo el subsuelo de Júpiter, había un misterio profundo e insondable que escapaba al análisis más exigente y científico.

Jean Artoy tuvo la impresión de que el estrato o capa de titanio marcaba la división entre dos mundos, uno exterior y otro interior. Esto también lo indicaban los gravitómetros. Aquel era un punto cero, como si estuviesen en el centro mismo del planeta en exploración. Y no cabía ninguna duda de que sólo se encontraban a dos mil quinientos metros de su superficie. Hasta el mismo epicentro faltaban setenta mil kilómetros.

¿A qué se debía aquella ausencia de gravedad?

¿A qué se debía que la tripulación, después de la dura prueba, hubiese cambiado de carácter? Empezando por él mismo, Jean Artoy había observado cambios en sus subordinados.

Louise Strong palmoteo la espalda de Jiller, siendo éste un hombre al que jamás había podido soportar. Recomendó, incluso, a Herman Bowl, cosa que no había hecho nunca, por creerlo un rival profesional dentro de máquinas.

Incluso la agria, desabrida y rubia Diana Olsen, de la cámara de analización, le había llamado por interfono y se expresó en términos amables y conciliantés. Habían hablado acerca del análisis del material hallado al otro lado de la capa de titanio.

Por todo aquello, Jean Artoy acudió a la cámara de perforación. Y estaba allí, observando aquellos estratos subjovianos, y se sentía alegre, ¡incomprensiblemente alegre y optimista!

— Algo relacionado con esa capa de titanio ha tenido lugar aquí —murmuró Jean Artoy —. Y la explicación debe de estar en ese «humus».

Fue a uno de los armarios de utillajes y tomó una azada de excavar. Con ella, salió por la ventana de observación, saltando al

hueco existente entre la corona dentada de ataque de la nave-sonda y el terreno por perforar.

Allí, fuera de la gravedad artificial de la «Vik-19», Jean notó un leve aturdimiento, que atribuyó al cambio de gravedad. Luego, hundió la azada en el «humus» y arrancó un fragmento de terreno, que recogió con la mano, examinándolo a la luz que salía de la ventana.

Mientras estaba examinándolo con atención, vio subir lentamente la azada hacia él, ¡suspendida en el aire artificial!

La azada iba hacia el cono de ataque de la nave... ¡En dirección contraria a la del centro de gravedad del planeta!

Fue entonces cuando Jean Artoy intuyó, súbitamente, la increíble realidad de lo ocurrido, y cuya explicación sólo podía ser hallada en una antigua teoría considerada por la ciencia como un absurdo inadmisible y situada en el campo de la fantasía científica.

¡Júpiter podía ser un planeta hueco, centrífugo!

Capítulo IV

Cuando la teniente Iwry Gwanda entró en el despacho de Jean Artoy, se sorprendió al encontrarse a éste allí, trabajando ante su mesa computadora.

—Buenos días, señor. ¿Qué hace tan temprano aquí? ¿Y el horario de descanso?

Él levantó la mirada, sonrió agradablemente y extendió un brazo hacia ella.

—Ven aquí, Iwry.

Después de la comida íntima que festejaron la víspera, Iwry no se sorprendió de la familiaridad de su jefe. No obstante, se sintió avergonzada. Se acercó y observó las fluctuaciones de los controles luminosos de la «DJLS-234».

—¿Qué está haciendo, señor?

—Llámame Jean, cariño — replicó él —. Estoy comprobando una increíble teoría. El tiempo ha pasado muy aprisa y no he podido concluir.

—Todo el personal está en sus puestos, aguardando órdenes, señor.

—Jean —insistió él—. Llámame Jean.

Se levantó y abrazó a Iwry por el talle.

—Ayer te dije que eras muy bonita. Hoy te lo repito.

—¡Por favor, señor; estamos de servicio!

Jean Artoy la besó en los labios y luego la soltó.

—No te turbes, Iwry. Me gustas. Te debemos la vida y eres una chica maravillosa.

—¡Oh, Jean! — exclamó la venus de ébano, echando súbitamente los brazos al cuello de él y atrayéndole férreamente hacia sí—. ¡Te quiero con toda mi alma! ¡Pero tengo miedo que todo sea un sueño!

Se besaron apasionadamente durante unos minutos. Luego, permanecieron estrechamente unidos, como si el tiempo hubiese dejado de existir para ellos.

Sin embargo, un zumbido sobre el tablero de la mesa computadora, hizo que Jean se apartase de ella, al parecer resignadamente, y presionara un pulsador.

—Sí, dígame, Louise.

—Estamos esperando órdenes, comandante.

—Bien... Sí —Jean presionó una palanquita—. Atención general. Reanudamos la perforación.

—¿Seguimos descendiendo, señor? —preguntó la voz del capitán Alker.

—Digámoslo así, capitán. ¿Está todo preparado?

—Sí — contestó la voz de Alker.

—Sí — añadió la voz de Louise Strong.

Todos los jefes de sección dieron contestación afirmativa.

—De acuerdo. Adelante, pues. Dentro de unos minutos iré a la cámara de analización. Necesito un informe continuo acerca del «humus» que hemos de perforar. Máquinas deben estar preparadas para ir aumentando la potencia.

—¿Aumentar la potencia? —exclamó la voz de Louise Strong—. El material que tenemos bajo nosotros es muy blando.

—Si mis cálculos no son erróneos, necesitaremos aumentar la potencia para vencer un aumento de gravedad.

—¡Comandante! ¿Está usted en su juicio? ¡La gravedad debe disminuir!

La voz de Louise no parecía enojada, sino más bien divertida.

—Haga lo que le digo, Louise. El gravitómetro indica una inversión de factores. Afrontaremos una resistencia ascensional, aunque estemos descendiendo.

—Está bien, señor. Tomo registro de esta orden.

—Hágalo, Louise... Los demás, pongan en marcha sus controles.

Dada esta orden, Jean Artoy cerró las comunicaciones y se volvió a Iwry, que también estaba perpleja.

—Te extraña, ¿eh?

—Sí.

Jean golpeó la «DJLS-234» con la palma de la mano.

—Esta máquina es maravillosa, Iwry.

En las horas que siguieron, a bordo de la nave-sonda sucedieron algunos acontecimientos importantes de distinto signo. Uno fue el aviso de la suboficial Seller, diciendo a Jean:

—Acabamos de perder el contacto por radio con el exterior, señor. Las comunicaciones se han interrumpido totalmente. Pese al aumento de la potencia, no hay modo de comunicar con el Estado Mayor de la «Super-star».

—Sigan insistiendo, Seller —ordenó Jean.

Louise Strong también llamó a Jean, preocupada.

—Comandante, nos comunica la mayor Olsen que el material perforado es relativamente blando. Se trata de mineral rico en microorganismos fosilizados. Pasta blanda, como dice Alker.

»Sin embargo, nos piden mayor potencia en máquinas.

—Exacto, Louise. Vaya aumentando la potencia a medida que avanzamos. Si es preciso, nivele con los retropropulsores. ¿Es que no se da cuenta de que estamos venciendo una mayor fuerza de

gravedad?

—Pero eso es absurdo —replicó Louise Strong—. Herman Bowl dice que no puede ser.

—¿Y quién es Herman Bowl para discutir mis órdenes, Louise?

—¡Yo era ingeniero mecánico antes de que usted tomase la primera papilla, comandante! — intervino la voz de Herman en la comunicación.

—No lo niego, señor Bowl — contestó Jean, sonriendo —. Tiene usted más años que Belcebú. Pero yo soy el jefe aquí. Por favor, Herman. Observe los gravitómetros. Quiero una compensación de niveles... ¡No estamos descendiendo hacia el centro de Júpiter, sino que estamos subiendo hacia su superficie!

—¿Se ha vuelto usted loco? ¡Avanzamos de proa y, que yo sepa, no hemos dado ninguna vuelta de ciento ochenta grados!

—No, señor Bowl —afirmó Jean—. Es cierto. No hemos dado la vuelta. Pero subimos en vez de bajar.

Hubo una pausa en las comunicaciones interiores. Luego, la voz de Herman Bowl dijo:

—Señor, solicito permiso para ir a ver al doctor Trevor. Si no estoy loco, le rogaré que le vaya a examinar a usted.

—No se moleste —replicó Jean Artoy, jovial, pese a que, en otras circunstancias, la intemperancia de Herman Bowl habría sido sancionada—. No perdamos el tiempo. Siga usted en máquinas que yo dirigiré esta nave. No tardará usted en darme la razón. Nos faltan mil metros de perforación fácil para asomar a la superficie. En ocho horas más, habremos emergido al exterior.

—¡Querrá usted decir al interior, señor!

—Bien, eso he querido decir. Corto.

Otro informe, casi inmediato, del capitán Alker, llegó al puesto de mando de la «Vik-19»:

—El electrosondeo indica límite de perforación a novecientos metros de profundidad. El eco vuelve claro, sin obstáculos.

—¿Habremos llegado a una caverna subterránea?

—No sé dónde habremos llegado, capitán Alker. Hay que verlo. Eso es lo único que me preocupa. Desde este momento, deben mantener la estanqueidad más absoluta. La atmósfera exterior puede estar enrarecida y no podemos correr el riesgo de perder nuestro aire.

—Bien, señor. Ordenaré cerrar las ventanas de observación.

La mayor Olsen también comunicó de nuevo:

—Nos acercamos al punto de gravedad uno.

—Eso me complace. Encontraremos una gravitación equiparada a la de la superficie de la Tierra.

—Exactamente, señor. Pero sigo sin entenderlo... Y debo comunicarle que este laboratorio ha perdido la seriedad que siempre le caracterizó. Los analistas se sienten chistosos y tienen ganas de reír.

Esto dejó pensativo a Jean Artoy. Pensativo y preocupado. Al cerrar la comunicación, miró a Iwry, la cual estaba sentada en una silla metálica, grabando algo con su estilográfica electrónica sobre una hoja plástica de su tabla de órdenes... ¡Y la teniente Gwanda estaba canturreando!

—¡Iwry! —exclamó él, serio.

Ella pareció sorprenderse y levantó sus grandes ojos.

—¿Eh?

—¿Qué estás haciendo?

—Pues... — Iwry ocultó a la espalda su tabla, como avergonzada.

Jean se acercó a ella y extendió la mano.

—Dame eso —exigió.

—Perdón... Estaba distraída.

—¡Dámelo!

Ante la exigencia de él, Iwry le entregó la tabla. Sobre la primera página de plástico, con seguro trazo y gracia artística, Jean contempló una caricatura de sí mismo.

—¿Qué es esto? —preguntó, no sabiendo si ponerse más serio o echarse a reír.

Iwry, como avergonzada, bajó la mirada al suelo.

—Le estaba... Te estaba dibujando... Lo hacía instintivamente.

—No sabía que dibujases tan bien, Iwry.

—Antes era aficionada al dibujo. Lo siento, señor.

Él sonrió, le devolvió la tabla y le acarició el rostro.

—El optimismo es una virtud. Creo que al doctor Trevor le interesará saber que la tripulación se encuentra en un óptimo estado de euforia. Es la primera vez que esto ocurre en una nave-sonda, después de seis días de perforación.

«Voy a llamar al doctor Trevor.

Jean regresó a su mesa y presionó instintivamente el conmutador del fonovisor interior. Él era el único que podía hacerlo, pero en circunstancias normales no lo utilizaba por considerar una indiscreción ver a los demás sin ser visto.

Y nada más iluminarse la pantalla, lo que vio dentro del gabinete médico de la nave, le hizo abrir inmediatamente los ojos.

El doctor Trevor estaba de cuclillas en tierra, frente a su enfermera Maga Lorente, ¡la cual estaba de rodillas y manos en el suelo, mirando a su jefe, con una sonrisa en los labios!

—Ha debido de caerse por aquí, Bill.

—¡Endemoniada aguja! ¿Por qué la has dejado caer?

—¡Me estabas haciendo cosquillas, Bill!

El doctor Bill Trevor se puso en pie de un salto. La enfermera, joven y bonita, le imitó, acercándose a él y echándole los brazos al cuello.

—¡Qué divertido, Bill! Nunca te había visto así.

—Por favor, Maga. Esto no es correcto… ¡Cielos, cómo me turbas!

En su despacho, Jean Artoy optó por cerrar la comunicación secreta y entornar los ojos. Si, una ola de frivolidad se extendía por toda la nave perforadora. Y esto era insólito:

—Estamos empleando energía como si hiciéramos un despegue horizontal desde la superficie de la Tierra — dijo Louise Strong, por intercomunicador—. Nuestras reservas bajan rápidamente.

—Entiendo. Temí que pudiera ocurrir eso —contestó Jean, muy serio—. Hemos de vencer una gran resistencia, tanto en la perforación como en la fuerza que nos empuja hacia atrás. Recurra a la pila número dos, Louise.

—Ya lo había dispuesto. Jiller y Beery están accionando su puesta en marcha. Pero si no llegamos pronto al fin de la perforación, no creo que logremos nada con la segunda pila atómica.

—Llamaré a Alker. Efectuaremos otro electrosondeo.

Jean cortó la comunicación. Iwry Gwanda estaba recostada sobre la mesa computadora.

—He efectuado el cálculo matemático de perforación virgen en ascensión. Hay una tabla de comparaciones, procedente de una prueba efectuada en el desierto de Nevada. Se necesitaron cinco millones de caballos de fuerza para perforar en ascensión doscientos metros.

—Lo sé. La «234» me ha facilitado esos datos. La dureza de aquel terreno era de once. Y Olsen me dice que aquí sólo tenemos seis, y va disminuyendo. Creo que podremos alcanzar esa «superficie» interior.

Terminando de decir esto, Jean llamó a la cámara de perforación de proa.

—¿Alker? ¿Ha realizado un nuevo electrosondeo?

—Sí, señor. Es positivo. Hemos avanzado correctamente. Disminuye la distancia a la falla subterránea a medida que perforamos. Acabamos de entrar en un terreno cálcico, húmedo y blando. Todo está resultando relativamente fácil, pero necesitamos vencer la cada vez más terrible fuerza de gravedad inversa.

—Máquinas pondrá en funcionamiento la pila de reserva. ¿A qué distancia estamos?

—A doscientos veinte metros.

—Sigan perforando y sigan exigiendo más potencia a máquinas. Sé

que los dientes de la corona de perforación trabajan perfectamente. Todo se desarrolla con normalidad.

—En el buen sentido de la palabra, señor —contestó John Alker —. Sin embargo, el teniente Jerry Drew ha debido embriagarse.

—¿Qué? ¿De dónde ha sacado el licor?

—Etileno azucarado, seguramente — contestó Alker—. Ya se empleó en otra ocasión. Está abrazando a todos los mecánicos y explicándoles unos chistes espantosos.

—¡Mantenga la disciplina, Alker! Voy inmediatamente para allá.

—¿Qué ocurre, Jean? —preguntó Iwry, cuando Jean Artoy cerró la comunicación y se dirigía hacia la puerta electrónica.

—¡La euforia que reina a bordo de la nave se vuelve peligrosa! — exclamó Jean—. Esto nos puede llevar a un exceso de alegría perjudicial.

—La alegría es buena, señor comandante —dijo Iwry Gwanda, con marcado acento irónico—. Te acompañaré... ¡Y no te sorprendas si, delante del personal, siento el irreprimible deseo de besarte!

—¡Iwry!

Ella se echó a reír alegremente y le tomó del brazo con familiaridad.

Salieron y él se desasió con brusquedad. Todavía le quedaban vestigios de racionalidad para comprender que un relajamiento de la disciplina les podía colocar en una situación peligrosa.

—No, teniente Gwanda —replicó, muy serio, aunque interiormente sentía deseos de echarse a reír—. Estamos influidos por un estado nuevo. Si todo lo tomamos a risa, aquí puede ocurrir un desastre. Primero hemos de llevar la nave a lugar seguro. Después trataremos de averiguar todo lo que está ocurriendo... ¡Cuidado, nos caemos!

La nave pareció sufrir una brusca sacudida y tanto Jean Artoy como su oficial ayudante rodaron por el suelo metálico del pasillo, para ir a chocar contra el mamparo de proa, en confuso montón.

Rápidamente, Jean se puso en pie y acudió a un control de comunicación que había en el muro. .

—¡Aquí el comandante, llamando a máquinas! ¿Qué diablos está ocurriendo? ¿A qué se debe esta brusca aceleración?

Se oyó una risa contagiosa por el altoparlante. Era la voz de Jiller, que decía:

—Lo siento, comandante. ¡Qué divertido! La comandante Strong se ha caído y Herman ha perdido la apuesta...

—¿Qué está usted diciendo?

—¡Ja, ja, ja! ¡Tendría usted que verlos reír, señor! ¡Venga acá y se divertirá como una bestia!

—¡Está usted arrestado, Jiller! ¡Que se ponga inmediatamente la comandante Strong!

Louise habló a los pocos minutos, con la voz alterada por la hilaridad.

—Lo siento..., Jean Artoy, comandante mío... ¡Esto es el disloque!

—¿Qué modales son esos, Louise? — preguntó Jean, haciendo un gran esfuerzo para contener la risa que amenazaba con estallar en su garganta.

—¡Bah, amigo mío! ¡Esto es lo más divertido que...! ¡Dale otra vez, Jiller! ¡Agárrate fuerte, Jean!

Jean Artoy cerró la comunicación a tiempo de rodar otra vez por el piso metálico, junto con Iwry.

—¡Están locos! ¡Aceleran la marcha con riesgo de triturarlo todo!

Al ponerse de rodillas para incorporarse, Jean vio a Iwry sangrando por la nariz, a consecuencia del tremendo golpe recibido contra el mamparo, pero riendo a carcajada limpia, con una alegría tan contagiosa que él no tuvo por menos que reír también, a la vez que buscaba un pañuelo de celulosa, para atender la hemorragia de Iwry.

—¡Ja, ja, ja!

—¡Ji, ji, ji!

Incluso a través de las comunicaciones interiores, donde se escuchaba una canción mal interpretada por una voz ronca, se escuchaban también risas y palabras fuera de tono.

La suboficial Seller debió conectar todos los medios de comunicación interior y la confusión de voces, gritos, risas y exclamaciones era indescriptible.

—Joe, agárrame la mosca por el rabo —decía alguien, a grandes voces.

—¡Eh, sargento! ¿Dónde podemos encontrar una pinta de cerveza? ¡Dame un beso, sargento bonita!

—¡Muu-uuu-uuu!

Aquello parecía la locura desenfrenada.

En máquinas, Jiller y Herman Bowl continuaban dando golpes de aceleración a la nave, sacudiendo toda su estructura y amenazando con agarrotar las coronas de perforación, que trabajaban a gran velocidad. Y nadie parecía ser responsable de lo que estaban haciendo.

Incluso Jean Artoy, ahora riendo a mandíbula abierta, fue hacia su despacho. No había hecho más que entrar cuando un rugido intenso pareció sacudir la nave. Se sintió lanzado de costado, zarandeado como si un huracán hubiese penetrado por la puerta electrónica.

Luego, de proa a popa de la «Vik-19» se produjo un crujido

espantoso y Jean se sintió lanzado contra el techo, invirtiéndose totalmente la posición de la nave sonda, para romperse algunas cuadernas y agrietarse el muro, por el que entró una luz extraña y blanca, a la vez que se apagaban todas las luces interiores.

— ¡Teniente Gwanda! —llamó Jean, arrastrándose sobre la superficie invertida del techo.

Nadie le contestó. Pero la luz seguía entrando por la grieta abierta en el muro. Jean se acercó y se asomó, quedando atónito ante lo que vieron sus ojos.

¡Creyó encontrarse en una selva de plantas exóticas y rojas!

¡Incluso vio algo que sólo podía ser comparado con un extraño edificio azul, de ventanas estriadas y singular arquitectura!

CAPÍTULO V

No era fácil pasar a través de la estrecha grieta del muro. Jean Artoy ni lo intentó siquiera. En su parte más ancha, apenas si podía pasar el brazo.

Por otra parte, lo que estaba viendo a través de la abertura, iluminado por un extraño sol de luz blanca, era lo más irreal que había visto jamás.

Veía un terreno arenoso y que parecía ser compacto. Arboles de troncos lisos y ramas curiosamente simétricas, con hojas como no había contemplado nunca. Había gran variedad de matorrales, al parecer, sembrados con un orden geométrico y matemático.

Pero lo que más atrajo su atención fue el edificio de color azul, con un techo ascendente y liso, sus ventanas o puertas sin cristales ni hojas, para poder entrar y salir fácilmente. No podía ver toda la fachada porque se lo impedía la roja vegetación, pero toda la parte que lograba ver era atrayente, parecía estar hecha con algún material metálico y daba la sensación de estar recientemente acabado.

Jean hubo de apartarse de la grieta, pensando en los tripulantes de su nave. Por esto se levantó y fue hacia la puerta del pasillo. Pudo alcanzarla, pero por mucho que golpeó sobre la hoja metálica, no consiguió abrirla. De nuevo, el generador de neutrones había dejado de funcionar y todo estaba desconectado por falta de energía.

— ¡Teniente Gwanda! —llamó, a voz en cuello.

Escuchó y creyó oír una respuesta apagada. Luego, golpes sordos en el mamparo le indicaron que alguien estaba al otro lado, intentando comunicarse con él.

Al mirar a lo que ahora era techo de la nave-sonda, Jean vio la mesa computadora, en posición invertida, como amenazando desplomarse. Y habría caído de no haber estado sujeta al piso por recios tornillos.

La «DJLS-234» no funcionaba. Al cortarse la energía eléctrica, había quedado silenciosa y apagada. Sin embargo, mirando al techo, Jean vio enrojecerse un punto, exactamente en el mismo lugar donde el día anterior, Herman Bowl había perforado para comunicar el lavabo de máquinas con su despacho.

Comprendió Jean que de nuevo los mecánicos intentaban establecer comunicación directa. Así fue. El acero fue fundido en un círculo por donde le llegó la voz de Louise Strong.

—¿Está usted ahí, comandante Artoy?

—Sí, aquí estoy. Parece que las bromas de sus hombres nos han

llevado a donde nos temíamos.

—La nave se ha roto a consecuencia de la caída, señor —añadió Louise, con voz trémula.

—Lo sé. Vea la luz que penetra en mi despacho.

—¡La misma que tenemos aquí! ¡Hemos ido a caer sobre algo imprevisto!

Louise Strong estaba profundamente afectada y en su acento no se notaba el menor timbre burlón o divertido.

—¿Tiene usted una perforadora individual, comandante Strong?

—Sí.

—Haga el agujero más grande y descienda. Debo salir de aquí.

—¡La atmósfera del lugar en que estamos es respirable, señor!

—¡También me he dado cuenta! ¡Haga lo que le digo, comandante Strong!

Louise Strong procedió a ensanchar el agujero, de suerte que una plancha circular cayó a los pocos minutos a los pies de Jean. Luego, la propia Louise descendió con ayuda de alguien que la sujetó desde arriba. Saltó y se situó frente a su superior. El rostro ceñudo de un mecánico asomó por el agujero.

—¿Necesita usted algo, señor?

—Pásame el perforador, Beery —pidió Jean.

—Sí, señor. Tenga.

El soplete y el depósito de combustible fundidor pasó a manos de Jean quien lo tomó y lo encendió para ir hacia el muro agrietado. Louise se situó a su lado, diciendo:

—Estoy apenada, comandante. Nos hemos portado como niños. Quisiera...

—No diga nada, Louise. Voy a practicar un agujero para salir al exterior. Hemos de examinar ese paraje.

El chorro de fuego invisible hendió la recia plancha de acero, en una línea recta, junto a la grieta del muro. En pocos minutos, Jean practico un agujero lo suficientemente grande para permitirle el paso. Luego, apagó el perforador y se lo dio a Louise, aguardando a que el corte se enfriase.

Ahora, la luz exterior entraba a raudales, iluminándolo todo.

—Avise a máquinas que venga Herman Bowl, Louise —dijo Jean.

—Sí, señor.

Mientras ella cumplimentaba la orden, Jean atravesó el agujero y pisó, por vez primera, aquel suelo duro y compacto, de formación arenosa y limpio.

Vio el Casco exterior de la nave-sonda, volcada. Habían numerosos arbustos y árboles aplastados. Incluso, el sector de popa había

golpeado un edificio de metal azul, hundiéndolo en parte.

También apreció la grieta en el centro del casco y pudo ver a los hombres y mujeres que, desde máquinas, estaban contemplando, atónitos, aquel singular paisaje.

—¿Qué hay, señor? —preguntó la voz de Jiller, a través de la grieta—. Nos hemos quedado cabeza abajo… ¿Es respirable esa atmósfera?

—No siento la menor dificultad.

—¿Y esa luz?

Jean había levantado la mirada al cielo, bajándola rápidamente. La luz blanca parecía estar situada muy alta, en un cielo enteramente luminoso. No pudo resistir la cegadora luz.

—Viene de lo alto, pero no puede mirarse. Hay que ponerse gafas.

—¿Engrandamos el agujero y nos descolgamos, señor?

—No. Aguarden ahí… ¡Venga, comandante Strong!

Louise salió por la oquedad hecha en el despacho de Jean y se acercó a éste, mirando con recelo en derredor.

—Diría que hemos aterrizado en la superficie de un planeta silencioso —observó ella.

—Venga conmigo.

—¿Qué busca, señor?

—El agujero por donde hemos salido. Ustedes estaban jugando en máquinas. La aceleración nos hizo perforar demasiado aprisa y la nave salió expulsada al exterior, cayendo aquí. El agujero, pues, no debe encontrarse lejos.

—¿Me ha llamado usted, señor comandante? — preguntó la voz de Herman Bowl, desde el interior del despacho, sin atreverse a salir al exterior.

—Sí, Bowl. Deseo que repita usted la perforación de la nave y rescate a todos los que están encerrados. Pruebe primero si en la cámara del generador se ha producido otro incendio.

—Sí, señor. ¿Qué lugar es éste?

—Ya se lo diré cuando lo sepa, Bowl. Venga usted, Louise.

Se dirigieron hacia popa por lo que parecía un camino infrecuentado que iba hasta el edificio destruido por la nave.

—No parece haber nadie aquí… ¡Y se ven bastantes edificios de este tipo!

—Son casas metálicas —dijo Jean—. Procure no tocar nada, hasta que no lo hayamos examinado detenidamente.

Había cómo una terraza, de unos cuarenta metros cuadrados, metálica y pulimentada. Más allá, un seto separaba un campo de fina hierba roja.

—Puede que esta vegetación sea verde, pero la luz nos la hace ver de ese color —comentó Jean—. Y lo asombroso es el clima que se disfruta aquí. Esto parece todo primaveral.

—No me gusta este silencio... ¿Qué mundo es éste?

—El mundo interior de Júpiter, comandante Strong.

—¿El mundo interior?

—Exactamente. Hemos perforado la corteza, llegando hasta aquí. El planeta continúa girando igual que antes, pero nosotros somos antípodas con respecto a la tripulación de la «Super-star». La perforación se realizó en línea recta y descendente.

—¿Y ese sol está situado en el cielo interior de este planeta? ¿Nos sostenemos por la fuerza centrífuga? ¡Parece increíble!

Caminaron sobre la plataforma metálica, rodeando el edificio semidestruido, viendo luego una especie de sendero, también metálico que iba hasta lo que parecía ser un cruce. La senda brillante no tenía más de dos metros de anchura y estaba perfectamente marcada en el suelo liso. Árboles y matorrales quedaban a ambos lados.

—¡Qué lugar más insólito! — exclamó Louise —. ¿No habría sido mejor tomar algún arma, por lo que pudiera ocurrir? Podemos encontrarnos con algo o alguien...

—Somos científicos y no militares, Louise. Estamos aquí investigando. Si aparece alguno de los habitantes de este lugar, no creo que sea conveniente emprenderla a tiros con ellos. Soy partidario de los métodos pacíficos.

»Sin embargo, todo parece estar deshabitado.

—No tiene esto el aspecto de estar deshabitado. Falta polvo, faltan telarañas...

—¿Por qué ha de haber polvo en un planeta de vida interior? —preguntó Jean, que no dejaba de mirar en derredor, para no perderse detalle de cuanto veía.

Y, de pronto, vio un enorme agujero y la arena formando una especie de pequeña barrera.

—¡Por allí ha salido la «Vik-19»! —exclamó Jean, apresurando el paso.

Se acercaron hasta el borde, pudiendo ver el agujero circular hecho por la nave perforadora. Era profundo y no se veía el fondo. Louise retrocedió instintivamente, como si temiera caer.

Por su parte, Jean observó las raíces blancas a unos metros del nivel del suelo, dentro del agujero.

Comprendió que la corona de perforación había segado árboles y plantas, las cuales debieron ser engullidas por los conductores de absorción, en el último tramo de perforación.

—Este agujero nos permitirá regresar a la superficie del planeta —declaró Jean—. Antes, empero, hemos de reparar la nave.

—Sí, pero, ¿no es ésta la superficie del planeta?

—¿Todavía no ha comprendido usted la verdad, Louise? Júpiter es un mundo enorme y hueco, cuya superficie interna está o debió de estar habitada por los seres que construyeron esos edificios y caminas.

—¡No puedo creerlo!

—Nosotros suponíamos que Júpiter estaba deshabitado. Y, en verdad, su parte externa, sometida a las leyes siderales, así es. Todo está helado y muerto.

»Pero acabamos de saber que la vida está en su interior. Esto es un planeta hueco, de colosales dimensiones, con un sol artificial o natural, todavía hemos de averiguarlo, donde vive o ha vivido una civilización centrífuga.

»Me di cuenta de eso nada más atravesar el estrato de titanio que nos cerraba el paso, consultando con la computadora. Yo sabía que podíamos encontrar algo así, y por eso decidí continuar perforando.

¡Todo cuanto estaban viendo era fantástico!

El interior del edificio era tan extraño como su aspecto exterior. No había ornamentación alguna. Paredes lisas, suelos lisos, enteramente metálico.

Jean había arañado ligeramente un muro con la punta de una herramienta de acero y la deducción que extrajo era desconcertante: ¡no conocía aquella clase de metal, por sí ligero, flexible y duro!

En una oquedad encontraron una prenda extraña. Era el único vestigio visible de que allí hubieran habido habitantes. Louise tomó la prenda y la examinó.

—Es como una camisa con cuello y mangas. Es evidente que quien la llevó tenía una constitución análoga a la nuestra —dijo.

Examinando la prenda, a su vez, Jean observó:

—Pero no es un tejido como los nuestros. Se trata de algo flexible, sin costuras, muy tenaz… Como si fuese material plástico.

—¿Quién llevó esta prenda? ¿Por qué no hay mobiliario? ¿Cómo se sube a las dependencias que hay arriba?

En verdad, no había escaleras, ni ascensores, ni ninguna clase de puertas. Toda la planta baja era una sala y sus ventanas comunicaban a los jardines exteriores.

—¡Comandante Artoy! —llegó hasta ellos, desde el exterior, la voz armoniosa de Iwry Gwanda.

Jean se acercó a una de las ventanas y se asomó al exterior, viendo a su ayudante negra acercándose por el camino metálico.

—Estoy aquí, Iwry.

Ella sonrió. Venía con su tabla de órdenes, su caja registradora al cinto y algo que extrañó a Jean: ¡una pistola desintegrante, de rayos iónicos!

Salió a la puerta, seguido de Louise Strong y exclamó:

—¿Por qué llevas ese desintegrante, Iwry?

—Estamos en un lugar desconocido, señor. Nos puede hacer falta... Esto parece estar habitado.

—Sí, por nosotros —declaró Jean, yendo hacia Iwry y arrebatándole el arma, que se colgó del cinto—. Aunque estuviese habitado por seres extraños, yo no he dado órdenes de llevar armas.

—El oficial Bowl abrió el armario y sacó varios desintegrantes. Dijo que debíamos estar prevenidos por si acaso.

—Renuncie a su miedo, teniente Gwanda — intervino Louise Strong—. No hay nadie por aquí.

—Este extraño mundo parece ser muy grande — comentó Iwry, mirando en derredor, con supersticioso temor—. Si este paraje no está habitado, puede estarlo en otro lugar.

—Eso es lo que hemos de averiguar — contestó Jean, saliendo de la casa—. Calculo que la superficie de este mundo es varias veces mayor que toda la superficie de nuestra Tierra. Calcula unos seis kilómetros de certeza, poco más o menos, y dedúcelo del tamaño de Júpiter. Te dará un diámetro de ciento treinta mil kilómetros, aproximadamente.

—Cuatro por pi por el cuadrado del radio —dijo Iwry, calculando mentalmente—. Unos seis billones de kilómetros cuadrados de superficie... ¡Bastante más que la superficie de la Tierra, sin contar los mares!

—Exacto, Iwry. Aunque aquí, no veo la razón por la cual no deban existir también mares, lagos, ríos y...

—Al menos, montañas no se ven en todo lo que alcanza la vista. Y siendo aquí la atmósfera igual que en la Tierra, debemos ver lo mismo que allá. De todos modos, hay que explorar esto intensamente. Y es cuestión de hacerlo cuanto antes.

Se dirigieron hacia donde estaba la nave. Louise Strong, mirando de soslayo a Iwry, comentó:

—¿Cree usted que podremos colocar la nave en posición correcta?

—Eso depende de usted, comandante Strong —intervino Jean—. Se trata de reparar el generador de neutrones y dar energía a las máquinas. Colocando soportes exteriores en las coronas de perforación de proa y popa, la nave volverá a su posición.

—¿Y los desgarros?

—No hay ninguno lo suficientemente grave como para que

Herman Bowl y su equipo no puedan arreglarlo. Pónganse a trabajar inmediatamente en eso. Iwry, convoca una reunión de jefes de sección para dentro de media hora.

—Sí, señor —asintió Iwry.

—Lo que más me extraña es no poder comunicar con la «Superstar». Hemos perforado la corteza de titanio endurecido. Sin embargo, al poco de atravesarla, las comunicaciones se hicieron débiles... La explicación debe encontrarse en este lado del planeta... Allá afuera soledad, frío sideral y ausencia de atmósfera.

—Aquí dentro, en cambio, parece haber de todo.

—¡Hasta frutos en los árboles que deben ser comestibles! —declaró Louise, acercándose a un árbol da rojiza coloración y señalando un fruto amarillo que había entre sus hojas y que no le costó mucho arrancar.

—¡No lo muerda, Louise! —exclamó Jean—. Ya los había observado.

—Tienen forma esférica, como las naranjas, pero de piel lisa. ¿Tiene algo para cortarlo? No, no pienso probarlo hasta que no haya sido analizado.

Iwry llevaba un utensilio de múltiples aplicaciones en uno de sus bolsillos. Sacó una hoja de acero y se la dio a Louise, la cual cortó el fruto en dos partes, descubriendo la pulpa interior, fresca y jugosa, de un color rosado.

—Tiene buen aspecto... Y estos puntitos negros del centro debe ser la semilla.

—Lléveselo a Diana Olsen y que lo analice detenidamente. Quiero un análisis de cuanto nos rodea. Que trabajen sin descanso hasta completar la composición de todo esto... Frutos, árboles, arbustos, suelo, metales, aire... ¡Todo! Que se repare también el generador y se sitúe la nave en posición normal. Luego, que se proceda a reparar los daños, soldando la estructura y dejándolo todo como estaba.

—Sí, señor —dijo Iwry, añadiendo—: He notado una sensación de bienestar y euforia, señor. Quizá, nuestro estado de ánimo se encuentra influido por este ambiente o esta luz.

»Este lugar parece embrujado. No me extrañarla nada que el carácter de las personas se alegre en este plácido ambiente. La hilaridad o embriaguez de que estamos siendo Víctimas, puede proceder de aquí.

—Estoy seguro de que ésa es la razón, Iwry. Quizás hayamos descubierto el mundo de la felicidad.

—¡Sería maravilloso! —palmoteo Louise Strong.

Pronto habría de convencerse Jean Artoy de que así era. Tanto

hombres como mujeres poseían ahora un estado de ánimo excelente. El optimismo invadía a todos. Y la razón se la dio la mayor Olsen, al ir a su encuentro con el resultado de los primeros análisis.

—He creído conveniente decirle que hay un cincuenta por ciento de ozono en el oxígeno y el hidrógeno de esta atmósfera. El ozono levanta el optimismo y da sensación de euforia.

—Lo sé. Pero ¿ha podido llegar hasta nosotros a través del suelo?

—Sí, el «humus» del suelo perforado últimamente también está impregnado de ozono.

—Bien. Analizaremos e investigaremos todo cuanto hay aquí. Se reparará la nave y formaremos tres o cuatro grupos para explorar en derredor hasta donde nos sea posible. Yo mismo dirigiré uno de esos grupos. Hay que tomar fotografías y muestras de todo cuanto vemos. Hay que estudiar ese sol por medio de cristales ahumados. Quiero un estudio completo de todo.

—Sí, señor.

—Iwry, que el almacén de aprovisionamiento nos dote de vituallas para varios días, naturales y químicas, agua y medicinas. Llevaremos un pequeño laboratorio portátil para análisis locales. No quiero que nadie corra el menor riesgo.

CAPÍTULO VI

Lo que creyeron que sería una megápoli metálica, de complicada y extraña arquitectura, resultó ser una inmensa fábrica inactiva. Lo habían descubierto desde una colina poblada de árboles, cuyas ramas rojas colgaban hacia el suelo, cargadas de frutos amarillos y rojos.

La tierra estaba también totalmente cubierta de pequeños arbolitos.

Habían seguido como un camino plateado, viendo numerosas construcciones en todas partes, y, de pronto, Maga Lorente, la enfermera, extendió el brazo, indicando el valle y los canales de agua verde.

— ¡Una ciudad gigante!

La verdad era que parecía una inmensa población sin ruidos. Luego, al cruzar los puentes de agua inmóvil y transparente y penetrar en los primeros edificios vieron la más insólita maquinaria que pudieron soñar. Y todo parecía allí ser automático.

Sin embargo, la fábrica no funcionaba. La ausencia de polvo daba la sensación de que todas las máquinas habían parado unos minutos antes. También parecía todo recién construido, tenía aspecto de nuevo y todo estaba en perfectas condiciones.

En un hangar, Iwry descubrió una serie de máquinas muy curiosas. Llamó a Jean y le mostró objetos desde la plataforma que comunicaba con la entrada.

—¿Qué parece eso?

—Parecen palas automáticas —murmuró Jean—. Máquinas robot para excavar.

Al examinarlas de cerca, comprobaron que tenían un tablero de mando, con pequeñas llaves. Pero por mucho que las movieron todas, a derecha e izquierda, le máquina no funcionó.

—Esta pala al nivel del suelo, con goznes giratorios a los lados, parece servir para hundirse en la tierra, levantarse luego por esta vía, y luego poder verterse, después de haber transportado el material a otro sitio, por medio de las ruedas de sostenimiento — explicó Jean.

Iwry Gwanda, Maga Lorente y Jean Artoy formaban una de las expediciones que salieron a recorrer el extraño mundo al que habían ido a parar. La razón de que Jean Artoy estuviese allí fue la radio portátil que la suboficial Seller facilitó a Jean, para poderse comunicar con la nave-sonda, en caso de necesidad. Probada la radio, había dado un resultado perfecto.

Otra expedición, al mando de Jarry Drew, partió «i sentido opuesto

al de Jean; y una tercera, mandada por Adam Walton, salió en línea perpendicular a la de Drew y Artoy. Todos iban provistos de radio, llevaban sacos de viaje a la espalda, con alimentos y medicinas, cámaras fotográficas y regritroanalizadores geológicos y físicos.

Durante las primeras horas, los tres grupos habían permanecido en contacto casi constante entre sí, comunicándose numerosos descubrimientos que todos consideraban interesantes. Pero los descubrimientos eran múltiples y las pilas de las radios se iban consumiendo. Por este motivo, Jean rogó a los jefes de grupo que ahorrasen energía y sólo comunicasen aquello auténticamente transcendental.

—El agua también la hemos visto nosotros, teniente Drew —hijo Artoy—. Es verde, transparente y fresca. Y no hay peces, ni ninguna clase de animales acuáticos.

Adam Walton informó haber encontrado un mar, de ilimitado horizonte completamente recto.

—Debe ser curvo, Walton. Ocurre que usted no puede apreciar su curvatura.

—Puede que tenga razón, comandante. No hay olas y parece un lago de aceite. Procedemos a analizar el agua.

—Háganlo.

Horas después, Adam Walton comunicó haber encontrado una flota de singulares buques sin quilla, flotando inmóviles ante lo que consideró un muelle. También halló edificios en las cercanías y descubrió el primer vehículo terrestre, ¡logrando hacerlo funcionar en dirección al muelle, para luego perderlo en el fondo del mar!

—No tiene asiento para el conductor. Sólo una palanca que alguien puede mover a mano. La he tocado y ese carruaje se ha puesto en marcha, sin ruido — informó Walton —. Me he tenido que arrojar al suelo o me habría llevado consigo al fondo del mar.

Jean Artoy también encontró muchos de aquellos vehículos de carga estacionados en lo que parecían ser garajes-montacargas inmóviles. Recordó lo que le había explicado Walton y dijo a Iwry:

— Eso deben ser camiones de transporte. Veamos si podemos hacerlos funcionar.

No parecían tener ruedas, porque su estructura llegaba hasta el mismo suelo metálico y liso. Había un lugar que supuso para el conductor, y otro, más largo, posterior, que debía ser para colocar la carga.

Y su manejo no podía ser más sencillo. La palanca de mando estaba recta. Si se movía adelante, el vehículo se ponía en movimiento hacia delante. Tirando atrás la palanca, el aparato retrocedía; si a la

derecha, avanzaba de costado y si a la izquierda, a la inversa.

Jean se alegró mucho de este descubrimiento. Comprobó también que la velocidad era siempre la misma, o sea de unos veinte kilómetros por hora. —Más tarde descubrieron que moviendo un control del tablero, la velocidad del camión aumentaba hasta los cien kilómetros.

Con uno de aquellos vehículos recorrieron la inmensa fábrica. Descubrieron infinidad de cosas sorprendentes, pero a ningún ser vivo, aunque sí hallaron lo que podía ser el retrato de un joviano, colocado en una inmensa pantalla de algo parecido al vidrio, en medio de una plaza.

Aquel descubrimiento obligó a Jean a detener el vehículo que habían tomado y examinar la figura de colores, retratada en la pantalla.

Evidentemente no era un ser humano. Poseía una cabeza excesivamente grande, sin orejas, nariz ni boca, aunque tenía dos ojos en el centro de la cara, muy abiertos y brillantes. Su cuerpo tampoco era exactamente como los humanos, aunque parecía tener piernas y brazos, exactamente iguales.

Se apoyaba sobre pies que eran exactamente igual que las manos, de cuatro dedos, también iguales. Y, sin ser enteramente feo, Jean y sus dos compañeras no pudieron por menos de sonreír al verlo. Además, se cubría con una camisa semejante a la que Louise Strong encontró en la primera vivienda que visitaron, cerca de la nave sonda.

—¿Quién será ése?

—Puede que sea la imagen de un jefe —replicó Jean, embelesado en el retrato de la figura—. Es singular esa figura. Está pintada en esa pantalla y parece real. Es evidente que alguien la dibujó, copiándola del natural, para colocarla ahí, como un símbolo.

—Lo raro es que no tenga ninguna leyenda, aunque fuese en caracteres extraños.

—No he visto ninguna especie de escritura —contestó Jean—. Aquí debieron existir seres como ése. ¿Dónde están?

—Puede que hayan muerto todos.

—¿Y sus cuerpos, Iwry?

—Enterrados en alguna parte.

—¿Sucumbió toda la especie, dejando su obra?

—Eso parece.

* * *

Jean despertó sintiendo los labios de Maga Lorente sobre los suyos.

Ella le miraba sonriente.

—¿Qué hace usted? —gritó Jean, apartando a la mujer de su lado, sin muchos miramientos.

—Besándole, comandante —replicó la enfermera, sin inmutarse —. Iwry me ha autorizado.

—¿Cómo? ¿Y quién es Iwry para autorizar esta falta de pudor y vergüenza?

—Lo siento, señor. No quise molestarle —replicó Maga, bajando tímidamente los ojos—. Iwry me dijo que usted estaba enamorada de ella y que no tenía inconveniente en que yo me enamorase también de usted.

Jean se levantó de la superficie elástica y muelle donde se había tendido, después de haber estado más de veinte horas dando vueltas por muchos lugares de la enorme fábrica. Encontraron aquella estancia casi por casualidad. Estaban cansados y habían dependencias para los tres en el edificio.

Pero la sorpresa de Jean Artoy fue enorme al despertar y ver a la enfermera sobre él. Recordó la escena que había presenciado en la nave-sonda, entre aquella muchacha y el doctor Trevor y se sonrojó.

—¿Dónde está mi ayudante?

—En su aposento.

—¡Iwry! —gritó Jean, yendo hacia la salida.

—Debe de estar durmiendo, señor.

—¿Y cómo se ha atrevido usted?

—No lo sé… Ruego que me disculpe. Después de todo, no me siento avergonzada. Tenía la sensación de actuar de modo natural… ¿Sabe lo que ocurre, señor?

—¿Qué?

—Algo ha cambiado en mí. Yo tenía un carácter agrio y adusto. El doctor Trevor me lo hizo observar en varias ocasiones. Temía a los hombres. Mi hermana Susana se casó en Valencia y no fue muy afortunada en su matrimonio. Eso debió de afectarme.

»Sin embargo, algo me ha ocurrido. De pronto he comprendido que estaba en un error. La mujer es el complemento del hombre. Somos unos para otros, nos necesitamos mutuamente.

—Lamento no estar de acuerdo con usted, señorita Lorente —replicó Jean, procurando adoptar una expresión severa —. No ha debido usted figurarse esas cosas. No le he dado motivos para ello.

—Iwry me dijo que usted la había besado y acariciado. Yo no soy menos que ella, y, además, soy blanca.

—¿Qué tiene eso que ver? Puedo sentir afecto hacia la teniente Gwanda por su talento… Es muy bonita.

—Yo también lo soy, señor comandante. ¡Por favor, ámeme usted un poco, se lo ruego! ¡Sólo siento deseos de mostrarme amable y obsequiosa con usted!

—¡Modérese, señorita Lorente, o la mandaré arrestar! — gritó Jean, aunque en sus labios continuaba el cálido sabor de los besos de ella—. Permítame decirle que el ozono de esta atmósfera nos ha trastornado un poco a todos. Somos humanos y debemos comportarnos como tales. Nuestra razón no nos permite volvernos animales instintivos.

—¡Pero los seres humanos se aman, señor! — insistió la muchacha, acercándose a él, insinuante.

— ¡No al primero que encuentran! —contestó Jean, retrocediendo.

—No me comprende usted, señor. Siento necesidad de abrazarle, de acariciarle, de oír latir su corazón. Y si usted quiere a Iwry Gwanda, y ella le quiere a usted... ¡Ha sido ella misma la que me ha aconsejado venir con usted!

—¿Eso le ha aconsejado la teniente Gwanda?

—Sí, señor. Me ha dicho que le ama a usted y que se sentirá muy halagada si otra mujer también quiere al hombre que ella ama.

—¡Esto es el colmo! ¡Teniente Gwanda! —pareció rugir Jean, apartando a Maga y yendo hacia la salida.

Avanzó por la acera metálica, hasta la puerta contigua. Allí, tendida en el suelo elástico, dormía Iwry.

—¡Teniente! — gritó Jean.

Iwry dio un brinco y se incorporó, sorprendida.

—¿Qué ocurre, señor...? ¿Algo grave?

—¿Por qué has dicho a Maga que podía ir a... flirtear conmigo?

—¡Oh, lo siento! —Iwry se puso en pie y esbozó una sonrisa, a la vez que se desperezaba—. Maga está sola aquí, ¡pobrecilla! Debió usted dejar venir al doctor Trevor...

—¡Esto es inaudito! ¿Por quién me han tomado ustedes dos? ¡Soy el comandante de la «Vik-19» y no toleraré familiaridades de mis subalternos!

—Lo lamento, señor. Creí que Maga, siendo de raza blanca, sería para usted más... más seductora.

—¡Bobadas!

—¿No le gusta Maga, señor?

—¡Es para volverse loco! ¿Qué les ocurre a ustedes? ¿Quieren divertirse conmigo?

Maga Lorente llegó y se situó al lado de Iwry.

—Por favor, no la riña usted. Yo habría hecho lo mismo, señor. Este mundo extraño es maravilloso. Ya no tenemos prejuicios. Sólo

queremos vivir y gozar.

—¡Esto es inicuo! ¡Hablaremos de todo esto al regreso a la nave! ¡Recojan inmediatamente el equipo y llévenlo al vehículo! Regresamos a la nave ahora mismo.

—Sí, señor — asintió Maga Lorente, con docilidad—. Créame si le digo que no pretendía incurrir en su enojo. Mi intención era buena.

—Es cierto, Jean — añadió Iwry, apenada—. Te quiero de todo corazón y mi amiga sólo pretendía mostrarse complaciente conmigo y contigo.

—¿Estáis locas las dos? ¡Esto es inconcebible, inaudito!

Jean fue hacia donde estaba el camión y subió a la parte delantera, donde estaba la palanca de mando. Allí, de espaldas a sus dos subordinadas, sonrió. Admitió que Maga Lorente era una chica muy guapa, bien proporcionada y atrayente. Su actitud podía parecer extraña, sin embargo, Jean estaba dispuesto a disculparla. Reconocía sentirse halagado y contento, aunque, por disciplina, hubiese pretendido aparentar lo contrario.

Dedujo que todos se encontraban influenciados por el ambiente. Allí existía «algo» impalpable, que no podía atribuirse enteramente al ozono y a sus efectos físicos, que les hacía a todos obsequiosos, amables, alegres y gentiles. El ambiente estaba dominándoles, de aquello no cabía duda.

Jean Artoy decidió averiguar aquellas extrañas causas y regresó al lugar donde se encontraba la nave.

Antes de ponerse en marcha, a bordo del vehículo, se volvió a sus compañeras y les dijo:

—Lo siento… Disculpadme… Estaba desorientado.

—En la Tierra yo no me habría comportado así — dijo Maga.

—Estoy seguro de ello, señorita Lorente. Debemos contener nuestro optimismo. Puede ser peligroso. La exploración de este planeta habrá de ser confiada al ejército. Los científicos tenemos dificultades de orden síquico.

—Quiero decir — añadió Maga, sonriendo a su jefe— que en la Tierra habría sabido ocultar mis sentimientos. Si una persona nos gasta, no se lo decimos por los falsos prejuicios a que estamos sometidos. De ahí surge la hipocresía. La frustración también nos perjudica. Anhelamos algo y no lo exponemos por principio de educación, lo que nos obliga a estar constantemente conteniendo nuestros naturales deseos.

»Aquí, sin embargo — continuó diciendo la enfermera—, una se siente liberada. Y no es por la soledad y el abandono de estos lugares. Es el ambiente extraño que nos envuelve. No obstante, debo añadir

que esta sensación de naturalidad, la he observado desde hace unos días.

—Exactamente desde que estuvimos a punto de morir en la cámara de popa de la nave —replicó Jean Artoy, pensativo—. A partir del momento en que la corteza de titanio fue perforada, todo cambió para nosotros. Entonces me fijé en Iwry por vez primera.

—Es cierto, Jean —dijo la teniente Gwanda.

—Hemos penetrado en un mundo que influye sobre nuestra razón y nuestra moral.

—Si he de ser sincera — observó Maga —, esta influencia me gusta. El doctor Trevor y yo siempre habíamos sido como dos extraños, pese a trabajar juntos la mayor parte del tiempo.

»Y, de pronto, me encontré jugando con él, mientras buscaba una aguja hipodérmica que, intencionadamente, dejé caer en el cubo de los residuos.

Jean sonrió.

* * *

La sorpresa de Jean Artoy fue grande al regresar a la nave y ver que todo estaba igual que como él lo había dejado. Estupefacto, contempló la «Vik-19» volcada, en posición invertida, ligeramente doblada y con la grieta sin arreglar.

Pero lo que más asombro le causó fue ver al capitán John Alker ataviado con una curiosa camisa de joviano y corriendo alegremente detrás de la mayor Diana Olsen, riendo ambos, y ella, ligera de ropas, hasta que él la alcanzó y ambos desaparecieron detrás de unos matorrales.

—¡Capitán Alker! —llamó Jean, colocando la palanca de conducción del camión en posición vertical y deteniendo su marcha—. ¡Venga usted aquí!

El mecánico Jiller y la suboficial Seller se asomaron a una de las ventanas del edificio azul.

—¡Eh, comandante! — gritó Jiller —. Nosotros somos los primeros.

Salieron de la casa y corrieron hacia el vehículo.

—¿Qué cosa es ésta? — preguntó Seller a Iwry, señalando al camión.

—¿No me ha oído, capitán Alker...? ¿Para qué sois vosotros los primeros, Jiller? —increpó Jean, volviéndose a la segunda pareja.

—Queremos casarnos, señor.

—¿Casarse?

—¡Oh, felicidades! —exclamó Maga Lo rente.

—¡Basta! — rugió Jean, volviéndose a John Alker, que ahora había salido de detrás de los matorrales, sonriendo y acercándose—. ¿Qué ocurre aquí?

—Algo maravilloso e increíble, amigo Artoy — dijo Alker.

—¿Amigo? ¿Desde cuándo somos amigos?

—Desde que llegamos a este delicioso mundo.

—¿Por qué no se ha reparado la «Vik-19»? ¿Por qué no se han cumplido mis órdenes?

—Decidimos por unanimidad dejar la nave tal y como está — dijo Jiller.

—¡Yo dispuse la inmediata reparación de la nave!

—Nadie quiere trabajar, Jean Artoy —habló la sargento Seller—. Esto es el paraíso.

—¿Paraíso? ¡Estáis todos locos! ¡Seréis procesados y condenados por desobediencia, en consejo de guerra sumarísimo! — chillo Jean.

Mientras duraron estas voces, tanto de la nave como de los edificios metálicos circundantes, aparecieron los demás miembros de la tripulación. Llegó también Louise Strong, que vestía una sutil camisa de encajes, muy corta, que era el colmo de la frivolidad… ¡Y Herman Bowl venía con ella prendido de su brazo!

Todos sonreían y parecían vivir la felicidad más completa.

—Hola, Jean —habló Louise, acercándose con intención de besar a su jefe —. Todos nos alegramos de volverte a ver.

—¿Por qué no se ha reparado la nave?

—Muy sencillo. Hemos decidido no volver a La Tierra.

—¿Eh, cómo? ¿He oído bien?

—Me extraña que no pienses como nosotros, Jean. No hay ni una excepción. Sin nave-sonda nos quedaremos aquí.

»Hemos descubierto un mundo nuevo y maravilloso y ahora nos pertenece… ¡Ésta será nuestra nueva patria! ¡Aquí reina la alegría y el bienestar!

Capítulo VII

—¡No lo permitiré! — había gritado Jean Artoy.

El primer sorprendido fue él mismo. Estaba deseando decir que sí a todo. Quería participar en aquella orgía de felicidad y dicha. Veía a todos totalmente cambiados y distintos. Los seres que viajaron con él a Mercurio, con riesgo de sus vidas, habían sido hombres y mujeres encerrados en sí mismos, ariscos, fríos, obedientes y disciplinados.

Jamás había ocurrido el menor incidente. Sus órdenes se cumplieron siempre sin discutir. El mando se había respetado, aunque una mujer fuese quien diera las órdenes.

Sin embargo, todos ellos se habían dado cuenta ahora de que eran seres humanos, de existencia limitada por el tiempo, y querían vivir. Sentían vehementes deseos de romper con todo aquello que les había tenido atados a su especialidad o jerarquía.

Louise Strong, mujer enérgica y fuerte, con una historia sentimental en su vida que pudo aprovechar y no quiso, rompía con sus más sagrados principios y se comportaba como una muchacha díscola y frívola.

¡Pero Jean Artoy tenía que luchar consigo mismo para no unirse a todos y ellos y aceptar aquella situación maravillosa y despreocupada, alegre e irresponsable!

—Bien —dijo un ingeniero insignificante, que siempre había pasado inadvertido entre sus compañeros —, si no quieres permitirlo, allá tú, comandante Artoy. Ahí tienes la nave. Arréglala y haz con ella lo que quieras. Nadie te impedirá hacerlo, y yo menos que nadie.

—Pero... ¿es que no os dais cuenta de la atrocidad que estáis cometiendo? ¡Somos una nave de investigación científica!

—Olvídate de todo eso, Jean —añadió Diana Olsen, cuyas mejillas estaban arreboladas por la alegría—. Ya hemos realizado bastantes pruebas y análisis. Esto es, indiscutiblemente, un paraíso extra terrenal. La humanidad ha buscado durante siglos un lugar como éste. Ahora que lo hemos encontrado, no pensamos abandonarlo.

»Hemos analizado el agua que ha traído Walton. Es agua químicamente pura. No sólo no nos puede perjudicar, sino que nos favorece extraordinariamente. Los frutos de los árboles son variados, agradables y sustanciosos. Son ricos en hidratos, vitaminas, caseínas, y hay para todos los gustos.

»Hay vegetales de una variedad inusitada. Estoy por decir que hasta alimentándose de esta tierra, rica en toda clase de minerales, podríamos subsistir.

»El aire es grato a nuestros pulmones. Tenemos edificios y hemos descubierto los resortes secretos que abren y cierran las puertas. Hay lechos blandos, aparatos que reproducen músicas deliciosas, pantallas luminosas que son verdaderas obras de arte en luz y color. Hemos visto lagos de ensueño, montes bellísimos. Aquí todo está hecho ya, preparado para cuando llegásemos nosotros a disfrutarlo.

»No creo que en estas condiciones ambientales, se sienta nadie enfermo jamás. No es necesario hacer absolutamente nada, excepto divertirse y pasárselo bien.

—Admito que todo eso sea cierto —replicó Jean Artoy—. Hemos encontrado el paraíso extraterrenal. De acuerdo. Yo también estoy influenciado por las maravillas que he visto.

»Pero hemos de pensar en otras cosas. Esto no nos pertenece, no es nuestro. Alguien ha construido este mundo para su uso y beneficio, no para el nuestro.

—¿Dónde están esos seres? —preguntó Jiller.

—Nadie los ha visto. Pero deben estar en alguna parte.

—No, Jean —intervino Louise Strong—. Creemos que todo esto fue abandonado hace muchos años... Tal vez siglos. La ausencia de vientos, de humedades extremas, de erosión, lluvias y todo eso, ha conservado perfectamente este mundo interior en perfectas condiciones.

»Los seres que debieron construirlo han debido desaparecer definitivamente, por alguna razón que desconocemos. Estamos solos y todo esto nos pertenece. Queremos disfrutar del bienestar reinante y no regresar a La Tierra, donde todo son odios, ambiciones, diferencias sociales y raciales, etc.

»Allí es preciso trabajar, luchar todos los días, para ganar el sustento. Allí no se es feliz nunca porque hay más odio e hipocresía que bondad y comprensión. Los que mandan aspiran a mandar cada día más, y los que tienen el dinero y la riqueza, desearían que los demás no tuviesen absolutamente nada.

»Esto es distinto. Aquí hay de todo y para todos. Y nosotros tenemos el derecho a disfrutarlo, porque es nuestro.

—Bien, bien. Hemos llegado aquí con una nave del gobierno mundial federativo — dijo Jean —. Habríamos podido morir y, en cambio, hemos descubierto algo completamente distinto a lo que conocemos.

»Pero, ¿estáis todos seguros de que esta felicidad va a durar siempre?

—¿Y por qué no ha de durar? — preguntó Iwry —. Las cosas están aquí. Las hemos encontrado y son nuestras, si nadie nos lo discute. La

ciudad o fábrica estaba desierta. No hemos visto a nadie, excepto a un retrato sin vida. Si luego estas condiciones ambientales se han de modificar, por cualquier motivo, ¿por qué no podemos cambiar entonces de modo de pensar?

»Si surge el peligro de alguna parte, siempre estamos a tiempo de irnos.

—En todo caso, tendríamos que tener la nave en condiciones — añadió Jean.

—Tiene sentido. Propongo que hagamos una cosa. Vamos arreglando la nave sin prisa. Podemos tardar algún tiempo en conseguirlo. Mientras, gozamos de esta beatitud paradisiaca.

—¿Y no habéis pensado en que el almirante Vezelay puede enviar otra nave en nuestro socorro? — insistió Jean.

—Sí, lo hemos pensado — contestó Diana Olsen —. Es posible que vengan más hombres y mujeres a salvamos. Pero cuando estén aquí y se sientan como nosotros, puedes estar seguro de que no pensarán en volver allá.

—¿Y por qué no avisamos de lo que hemos descubierto?

—No hay comunicaciones con el exterior — replicó Tani Seller—. Y, si las hubiera, yo las destruiría. No se trata de que vengan aquí nuestros coterráneos. Si eso ocurriera, este mundo sublime se convertiría en un infierno.

—¿Por qué? — preguntó Jean Artoy —. ¡Júpiter es mucho más grande que La Tierra! ¡Aquí hay sitio para todos! ¡Nuestro deber es comunicar lo que hemos descubierto y permitir que otras gentes vengan a disfrutar del ambiente y la felicidad que hemos hallado nosotros!

»Pretendéis huir de los egoísmos de La Tierra, y sois los primeros egoístas. Acusáis de perversos a las gentes que han quedado allá, y vosotros también lo sois. Es una perversidad inhumana saber que millones de seres, semejantes vuestros pasan hambre y miseria en las zonas subdesarrolladas, y vosotros queréis que un mundo de billones de kilómetros cuadrados quede para el goce y el disfrute de una treintena.

—¡Si vienen emigrantes a Júpiter, pronto será esto un mundo de vilezas y pasiones!

—¡Estáis locos! ¡No sabéis lo que hacéis! ¡Id a gozar de la suerte que habéis tenido! ¡Olvidaos de la humanidad doliente, de la que pretendéis escapar, pero no acuséis al mundo de infame, siendo vosotros mucho peor que ellos!

Jean Artoy terminó de hablar y se abrió paso entre los hombres y mujeres que le rodeaban. Estaba profundamente disgustado y, al

mismo tiempo, contento.

* * *

Louise Strong apareció en el agujero del costado de la nave-sonda, eclipsando ligeramente la luz que entraba en el despacho de Jean, quien levantó la cabeza, sentado en un rincón y con los brazos sujetándose las rodillas.

—¿Puedo pasar, Jean? —preguntó Louise.

—Sí. ¿Qué quiere usted?

—Sentarme un rato aquí y conversar contigo, Jean. Te ruego que hablemos con franqueza. Puedes llamarme Louise. Si nos dejamos de convencionalismos y reservas, podemos entendernos.

Mientras hablaba, Louise se había sentado frente a Jean, cruzando las piernas, a la usanza árabe. Su sonrisa era un tanto triste.

—¿Vienes a conquistarme, Louise? —preguntó él, ásperamente.

—No. Sé que estamos haciendo una locura maravillosa. Yo comprendo a esos hombres y mujeres.

—Yo también los comprendo. Quienes no parecen comprender son ellos. Han encontrado algo hermoso y perfecto. Se creen casi dioses y son humanos. Pronto se cansarán de ese delicioso abandono y vendrá el tedio. Ahora creen que como esto no hay nada.

—Sí, eso es lo que creen —admitió Louise—. Yo, en cambio, prefiero más no creer nada. Intento pensar como tú, entenderte. Con la renuncia al pasado no van a conseguir nada.

—¿Qué pretendes decirme, Louise?

—Es muy sencillo. Estoy segura que este mundo no ha sido hecho para nosotros. Los humanos somos de una condición especial. Las emociones son siempre primarias. Hemos visto esto, hemos analizado y creemos que es lo mejor.

—Exactamente. ¿Qué ocurrirá cuando llegue el tedio?

—No creo que llegue. La atmósfera es idónea para nosotros —dijo Louise Strong—. Gozaremos siempre de una sensación de bienestar artificial. Es, en realidad, un paraíso… ¡Pero que no ha sido hecho para nosotros, sino para otras personas!

Jean miró fijamente a la mujer que tenía delante.

—¿Qué personas?

—Las que vivían aquí. ¿Qué ha sido de ellas? ¿Dónde están? Han desaparecido de súbito, parece.

—Yo creo que han desaparecido hace siglos — dijo Jean —. Pero es singular que una civilización tan avanzada se haya extinguido sin dejar ni una huella. Esto es un misterio que hemos de averiguar.

—En definitiva, he venido a decirte que puedes contar conmigo para reparar la nave y tenerla dispuesta para cuando sea preciso regresar a nuestro mundo real.

—Gracias, Louise. Estaba seguro de que se impondría la ra...

—¡Comandante Artoy! —llamó la voz de la sargento Selles, desde el exterior.

Jean se levantó y se acercó al agujero del muro, viendo a Tana Seller, acercándose acompañada del mecánico Jiller, y llevando en La mano una de las pequeñas radios portátiles.

—¿Qué sucede, sargento?

—El teniente Drew quiere hablarle... ¡Dice que ha encontrado a un individuo extraño y vivo!

—¿Eh? ¡Deme usted eso, sargento!

Excitadamente, Jean salió al exterior y se apoderó de la radio de Seller, exclamando:

—Aquí el comandante Artoy. ¿Es usted, teniente Drew?

—Sí, señor. Nos encontramos a unas sesenta millas de la base. Avanzábamos por un ancho camino, hacia una enorme ciudad metálica, cuando de entre los árboles, un extraño individuo ha surgido ante nosotros. Carece de boca, nariz y orejas, pero posee dos grandes ojos que nos estudian con interés.

—¿No habla nada? ¿Hace señas?

—Sí, parece indicarnos que le debemos seguir hacia la gran ciudad.

—¡No vayan a ninguna parte, Drew! Me reuniré con usted tan pronto como me sea posible.

—Sí, señor. Nos negaremos a acompañarle y le retendremos si intenta huir. Su piel es ligeramente verdosa. Lleva un camisón de plástico y sus manos son igual que sus pies. Le hemos hablado en distintas lenguas, pero él sólo hace gestos de que vayamos hacia la ciudad. Unos gestos extraños, sin duda. Se toca la cabeza con frecuencia y la mueve de un lado a otro.

—Bien, Drew. Aguárdenme... ¡Ven conmigo, Louise! —añadió Jean, volviéndose a la jefe de máquinas—. Tomaremos el camión que nos ha traído aquí.

Jean y Louise corrieron hacia el vehículo de carga, que estaba siendo examinado por los mecánicos de la «Vik-19». Allí estaban Iwry y Maga Lorente, las cuales explicaban a sus compañeras todo lo que habían visto.

—Sube ahí, Louise —dijo Jean.

—¿Qué ocurre, Jean? —preguntó Iwry, interrumpiendo su disertación.

—Jarry Drew ha encontrado a un habitante de este mundo. Puedes

venir a verlo... ¡Vosotros quedaos aquí y si os queda algo de decencia, reparar la nave! ¡No me extrañaría que fuese vuestra única tabla de salvación, antes de lo que creéis!

Iwry subió al camión, junto con Louise Strong y Jean empujó suavemente la palanca de avance, orientando el vehículo hacia donde había ido Jarry Drew y sus dos acompañantes.

Al poco, Jean aceleraba la velocidad, al encontrar una especie de carretera metálica más ancha, sobre la que lanzó el vehículo al máximo de su potencia.

—Pero no puede existir un solo habitante —dijo Louise—. Yo sabía que debían existir más personas.

—Quizá debieron de evacuar estos contornos al saber que veníamos nosotros. Puede que teman algo. Pero este mundo es inmenso y deben estar refugiados en otros lugares distantes. Tengo la impresión de que en muchas millas a la redonda, todo ha sido desalojado.

—¿Cómo vamos a entendernos con ese individuo? — preguntó Iwry.

—No lo sé. Quizá tengan ellos medios para comunicarse con nosotros. Pronto lo averiguaremos.

Efectivamente, manteniendo contacto por radio, Jean se orientó en dirección a donde se encontraba Jerry Drew, y recorrió las sesenta millas de distancia en menos de una hora.

Al fin, vieron en el centro de la carretera a Baary, uno de los compañeros de Drew.

Jean detuvo el camión y saltó al suelo, seguido de Louise y la teniente Gwanda. Fue entonces cuando, por vez primera, vieron al joviano, que estaba de pie, erguida su extraña cabeza, junto al teniente Drew y su otro acompañante, un ingeniero llamado André Muisden.

Jean se acercó y alzó la mano derecha, en señal de saludo. El joviano estaba mirando el vehículo en el que habían venido los otros tres terrícolas. Luego, miró a Jean y alzó también su extraña mano derecha, imitando el saludo.

—¿No hay forma de entenderse con él? —preguntó Jean a Drew.

—Ninguna, señor. Le he repetido varias veces que debíamos esperarle a usted, pero no creo que me haya comprendido. No hace más que repetir que vayamos hacia allá.

—Bien, podemos seguirle. No nos comprende, ¿verdad, amigo?

El joviano avanzó hacia el vehículo empleado por Jean y subió al departamento de mando, de un ligero salto. Luego indicó a los otros que subieran también.

—Pretende indicarnos que le acompañemos — dijo Drew—. ¿Lo hacemos?

—Sí, vamos todos —contestó Jean.

Subieron al vehículo y el joviano lo puso en marcha suavemente. Conocía su manejo a la perfección, porque a una marcha moderada, en pocos minutos les llevó a la gran ciudad, que era un enorme conglomerado de extraños y complicados edificios metálicos, de diversos colores, y que, al parecer, estaba completamente deshabitada.

Por ninguna parte se veía a nadie. El joviano, no obstante, parecía conocer el camino a donde quería llevar a sus visitantes, porque cambió varias veces de dirección, hasta enfilar una amplísima avenida, totalmente desierta, para ir a detenerse en una vasta plaza, de colosales dimensiones, sobre la que se alzaba una inmensa torre sostenida por cuatro grandes pies de metal.

Al mirar hacia arriba, Jean sintió el destello cegador del sol y por este motivo no pudo ver la altura de la torre, desde su misma base. Antes, al avanzar por la avenida, había visto el altísimo edificio, de más de mil metros de altura, preguntándose qué significaba aquella torre.

El joviano descendió del camión y se volvió a sus acompañantes, señalando la torre que tenían encima.

—¿Qué hemos venido a hacer aquí? —preguntó Jarry Drew al joviano, quien insistió en señalar hacia arriba.

—Creo que pretende indicamos que debemos subir. Será mejor que vayamos.

Descendieron del vehículo, pero entonces el extraño individuo señaló a Jean Artoy y extendió un brazo, como si quisiera indicar a los otros que se apartaran de Jean.

—¿Debo ir yo solo?

—Eso parece indicar — dijo Iwry —. Hay un tubo que sube por aquel soporte.

—Bien, Drew. Me llevaré la radio. Observe mis movimientos y si le requiero, repita todo lo que yo haya hecho. Iré con él. Puede que sepamos pronto lo que ocurre en este extraño mundo.

El joviano acompañó a Jean hasta el pie de la torre y allí le indicó que entrase en una cabina, situada exactamente dentro del tubo que ascendió a lo alto, por el centro de la pilastra metálica.

Jean entró y el joviano presionó una placa que había en el muro. En el mismo instante, Jean Artoy se sintió elevado rápidamente, sin perder su verticalidad y sin apoyarse en piso alguno, junto al joviano, que estaba extrañamente rígido.

La rápida ascensión sobre el vacío terminó en pocos minutos. De

repente, Jean se encontró ante una salida, inmóvil en el aire, y frente a un amplio vestíbulo de suelo y techo metálico. Grandes ventanas rodeaban los muros.

Algo sacó a Jean de la ingrávida situación en que se hallaba. Al poner los pies sobre el suelo recobró el dominio de andar. Sin aparentar sorpresa, miró al joviano, quien le indicó hacia él centro de la gran nave, donde Jean creyó haber visto algo así como una mesa.

Fueron hacia ella. Antes de llegar, Jean distinguió el pequeño objeto brillante, como una flor de cuarzo, que descansaba exactamente en el centro de la mesa metálica.

Se detuvieron a menos de un metro. El joviano mostró a Jean la flor de cuarzo. Pero, en aquel instante, Jean creyó sentir en su mente algo semejante a un soliloquio.

¡Hablaba solo, con acento extraño!

Alguien o algo le estaba transmitiendo su pensamiento.

— Gracias por haber venido hasta aquí, extranjero. Éste era el único medio de que disponemos para entendernos. Yo soy el delegado de la Convención Máxima de Baelker, cuna del Mundo Milenario. Somos descendientes de una antigua raza dominadora del Universo.

»La ciencia del pensamiento fue dominada por nuestros ancestores. Ellos crearon este mundo hace setenta mil millones de años. Murieron, y nosotros somos sus descendientes. ¿A qué habéis venido? ¿Qué misión os trae a Baelker? ¡Responde, por favor, extranjero!

CAPÍTULO VIII

—Déjame decirte que mi nombre es Jean Artoy. Mando una nave de investigación geológica subterránea y hemos venido a Júpiter formando parte de una expedición científica que se encuentra en el exterior de vuestro mundo.

Jean explicó a viva voz todo cuanto les había sucedido desde que llegaron hasta el estrato de titanio y los avalares que sufrieron a continuación.

Era evidente que la rosa de cuarzo tenía la propiedad de traducir sus palabras o pensamientos, porque el joviano le escuchaba atentamente, sin replicar de mente.

Al fin, cuando Jean terminó, el otro hizo llegar a su cerebro la siguiente idea:

—Te he escuchado y comprendido, Jean Artoy. Yo también quiero decirte que mi nombre es Joom-soom, y cuyo significado es número cien millones. Cada uno de nosotros tiene un número y una mente distinta.

»Hemos nacido aquí, en "depósitos vitales”, donde nuestros padres depositaron su semilla creadora. Nosotros hemos transformado este mundo, desarrollándolo a través de millones de siglos. Jamás hemos visto a nadie que no sea semejante a nosotros, aunque sabíamos que nuestros más antiguos antecesores vinieron de otros mundos y crearon éste para nosotros.

»De nuestro mundo de origen no tenemos ya ni los recuerdos. Se perdieron en la nebulosa de los tiempos.

»Somos una raza que no ha tenido problemas hasta ahora. Debes comprender la gran consternación que ha significado para nosotros saber que algo había perforado el suelo de nuestro mundo, cerca de la Gran Fábrica de Legrek, y que ascendía hacia la superficie con rapidez.

»La Convención Máxima dispuso la evacuación de toda la zona de Legrek y estableció observadores para comprobar lo que estaba ocurriendo.

»Nuestra sorpresa fue grande al ver vuestro aspecto y forma. Jamás habíamos visto nada igual. Suponemos que el asombro también debía afectar vuestros sentidos.

»La Convención Máxima me nombró a mí para salir a vuestro encuentro. Soy un jefe de ciudad, de ésta en que nos encontramos. Todos mis semejantes se fueron antes de llegar vosotros. Yo me quedé, porque lo dispusieron los Nobles Señores.

»Puede que yo muera por haberme entrevistado con vosotros. No lo sé todavía. Si es así, eso significa que vuestra presencia es peligrosa o nociva para nosotros.

»Yo quiero creer que no sois un peligro para nosotros, aunque hayáis roto nuestro suelo y penetrado en nuestro ambiente. No hay razón alguna para creer que nos podéis dañar.

»Deseo pedirte permiso para analizar vuestros organismos. Podéis tener enfermedades o algo que nos perjudique. De ser así, esta zona quedaría aislada del resto de Baelker.

»Yo no puedo ofreceros nada a cambio de vuestra ayuda, porque no estoy autorizado. Los Nobles Señores de la Convención Marina quieren saber quiénes sois y cuál es vuestro propósito al venir aquí.

Jean sonrió, sin dejar de mirar a Joom-soom.

—Muy prudentes me parecen tus palabras, Joom-soom. Me pides permiso para analizar nuestros organismos y no puedo negártelo. Si alguno de vosotros viniera a nuestro mundo, las autoridades sanitarias os examinarían también. Es pues justo lo que pides.

»Los seres que me acompañan son escasos en número. Pero en nuestro mundo hay diez mil millones que esperan. Ellos saben dónde estamos y lo que hemos venido a realizar aquí. Si no regresamos, enviarán a otros a buscarnos.

—Es lógico. ¿Y qué habéis venido a realizar?

—Una investigación de este mundo. Creíamos que Júpiter estaba deshabitado y por ello, los descubrimientos hechos nos han dejado perplejos. Sin embargo, no veo razón que impida a nuestras razas establecer relaciones amistosas e intercambio cultural y científico. Ellos nos beneficiaría a todos.

—Es posible. Y me complace mucho comprender el sentido de tus pensamientos, que transmitiré a los Nobles Señores, ante los que deberéis comparecer después de haber sido sometidos a un reconocimiento médico.

—Correcto. Estamos a tu entera disposición — contestó Jean.

—Gracias.

* * *

Joom-soom se despidió de ellos, prometiendo regresar a la mayor brevedad posible. Hizo un extraño saludo a Jean y a sus compañeros y luego se fue hacia un edificio que había en la misma plaza de la torre metálica, donde tomó un vehículo muy rápido, que le llevó hacia las afueras de la población.

Louise, Iwry, Drew, Beery y Muisden rodearon a Jean.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Has podido entenderte con él? —preguntó Louise.

Jean asintió.

—Sí. Hemos empleado un curioso objeto de cuarzo que, a modo de intermediario, nos ha permitido hablarnos mentalmente. Algo enteramente nuevo v original. Yo no he tenido necesidad de hablar pensamientos eran captados por ese individuo, cuyo nombre es Joom-soom.

—¿Adónde ha ido ahora? — preguntó Iwry.

Jean explicó a sus compañeros todo lo que habían hablado y observó un fruncimiento de ceño en Louise.

—¿No te parece bien mi decisión?

—No debo opinar. Empiezo a comprender que hemos actuado un poco a la ligera. Tú eres el jefe de la expedición, sin duda. Este mundo no está despoblado, sino que está habitado por una raza que puede ser técnicamente superior a la nuestra.

»En estas condiciones, ni podemos darles demasiadas facilidades, ni hacernos ilusiones en cuanto a vivir aquí libremente, gozando de esta maravillosa naturaleza. La situación, a mi modo de ver, ha cambiado mucho. Ahora, más que nunca, debemos permanecer unidos, pero sin concesiones.

—No les he hecho ninguna concesión.

—Les has autorizado a que nos reconozcan sus médicos. Sabrán nuestra morfología, conocerán nuestras debilidades y eso nos puede acarrear problemas.

Jean meditó y luego dijo:

—El reconocimiento no se ha hecho aún. Puedo exigirles que nos permitan reconocerlos a ellos también.

—No iríamos a ninguna parte —dijo Jarry Drew, secamente—. Lo mejor sería volver a la nave, repararla rápidamente y regresar sin pérdida de tiempo al exterior. El Almirante Vezelay tiene más autoridad que nosotros para decidir.

—No. Represento a la Humanidad —dijo Jean Artoy, dignamente —. Por vez primera en nuestra historia, encontramos una raza civilizada, lo que significa algo importante para nosotros, sea bueno o malo. Mi deber como hombre es procurar por todos los medios estrechar lazos de amistad. Nosotros no podemos traer aquí los defectos de nuestra raza, sino las cualidades. Ellos no nos conocen. Desean conocernos, y para ello han evacuado sus fábricas y ciudades.

»En estos momentos nos están observando sin que les veamos. Ya no somos, por lo tanto, extranjeros sin destino, sino representantes de una sociedad humana a los que puede convenir tratar o no. Eso lo han

de decidir sus jefes, cuando nos conozcan mejor.

»Nosotros también procuraremos conocerlos. Y de ese mutuo trato debe salir un pacto de amistad. Ni nos conviene enemistamos con ellos, ni sería digno.

—¿Y si cuando nos hayan estudiado nos consideran inferiores y deciden exterminamos? —preguntó Iwry Gwanda.

—Cuando salimos de La Tierra para emprender esta expedición, se nos dijo que podíamos regresar o no. Podíamos encontrar muchos peligros, y así ha sido. Podíamos morir en beneficio de la ciencia de la Humanidad, y estuvimos a punto de perecer.

»Pues bien, si hemos de morir, será dignamente, realzando los valores de nuestra raza. Representamos a diez mil millones de seres. La historia habrá de juzgarnos.

Consciente de su responsabilidad histórica, Jean Artoy intentaba convencer a sus compañeros para que se unieran en todo a él y creía haberlo conseguido, porque Iwry Gwanda, que le adoraba, se situó a su lado y dijo:

—El comandante Artoy tiene razón. Si estamos vivos y hemos llegado hasta aquí, se lo debemos a él. Ahora no importan nuestros intereses. Este mundo no está deshabitado. Viven gentes de otra raza en él y desean saber qué peligros pueden acarrearles nuestra presencia.

»Si una expedición de jovianos llegase a La Tierra, nuestras autoridades, ante todo, los pondrían en cuarentena. Aceptemos ese reconocimiento y si de ello se deriva un menosprecio hacia nosotros, sabremos soportarlo.

—Aún está por saber quién es superior — terminó Jean—. Aunque yo nunca he creído que existan seres inferiores o superiores. Todo depende de su evolución técnica. Y si hemos de juzgar por lo que estamos viendo, estos seres de Baelker no son inferiores.

—Usted nos manda, comandante —dijo Jarry Drew—. Yo acataré siempre sus órdenes.

—Gracias, Jarry — dijo Jean, volviéndose a la pensativa Louise —. ¿Y usted, comandante Strong?

Louise tardó unos segundos en responder. Todos esperaban ansiosamente su contestación.

Al fin, ella suspiró y dijo:

—Está bien. Hemos vivido unos días de ilusión que se ha desvanecido. Parece mentira que, pese al ozono y al clima maravilloso, una se sienta siempre ligada a los principios. No tengo más remedio que acatar las órdenes. ¿Cuáles son, señor?

—Debemos esperar. Joom-soom me ha dicho que no debemos salir

de esta plaza. Podemos subir a la torre, visitar todo lo que hay aquí, pero no debemos abandonar la plaza por temor a que podamos contagiar edificios particulares.

—¿Y qué significado tiene esta torre?

—Se construyó el primer piso hace muchos siglos. A medida que han ido avanzando técnicamente y descubriendo nuevos secretos a la naturaleza, la torre ha ido creciendo en altura. Esperan alcanzar la Fuente de la Luz Eterna, la cual consideran como el origen de la vida y del Sumo Saber. Adoran esa luz constante por creer que allí está el origen de todo. Y creen que cuando hayan podido alcanzar, por evolución paulatina, el dominio que posee el Foco Sagrado, tendrán derecho a subir hasta allá arriba.

»Es singular la veneración que sienten los "baelkeros" por su sol, Y es sorprendente para nosotros ver esa luz allá arriba, siempre inmóvil, alumbrando sus días ininterrumpidamente, porque aquí no existe la noche.

—¿No descansan jamás?

—No tienen necesidad. Recuperan energías continuamente. Sus órganos deben ser más perfectos que los nuestros. Se alimentan a través de los poros de sus manos y pies. Exprimen un fruto con las manos y los alimentos que el organismo necesita penetran por esos poros, llegando a sus órganos vitales y regenerativos.

—¿Cómo se reproducen? —quiso saber Louise.

—Los padres depositan su semilla en depósitos vitales, de los que nacen los hijos —explicó Jean—. No tienen afecto filial, porque consideran como padres a todos los mayores de su raza. Los más respetados son los Nobles Señores, que han llegado hasta avanzada edad y poseen gran experiencia en todos los órdenes.

—¿Mueren también? —preguntó Beery.

—Naturalmente. Y cuentan el tiempo por relojes inalterables que les dejaron sus antepasados. No sé cómo miden el tiempo, pero debe ser de un modo análogo al nuestro, aunque sus días no corresponden a los nuestros, porque ellos disponen de luz diurna siempre.

»Cuando se terminen de construir los satélites reflectores sobre La Tierra y la noche desaparezca totalmente, habremos de regimos como se rigen ellos.

»Me ha dicho Joom-soom que a sus muertos los sepultan en el fondo de los mares, donde sus cuerpos se descomponen con los siglos y el agua adquiere una riqueza vital regeneradora que aprovechan sus sucesores. Así anhelan adquirir la sabiduría que sus antepasados poseyeron.

—Es singular — objetó Louise —. En el fondo, los seres del

universo poseen los mismos principios supersticiosos.

—Tal vez sea porque todos tenemos el mismo origen divino — replicó Iwry Gwanda.

—Es posible —contestó Jean, yendo a sentarse sobre el vehículo que les había transportado hasta allí —. Pero lo sorprendente de estos seres es que jamás, que Joom-soom sepa, han conversado verbalmente entre sí. Siempre lo hacen por medio de telepatía. Y en eso son superiores a nosotros.

—Eso va a ser un terrible problema en La Tierra — declaró Iwry—. Hay muchísima gente allá que no querrá aceptar la superioridad racial de estos seres y pedirán su esclavitud.

—Sí, es posible. Nuestra sicología tendrá que cambiar — dijo Jean.

—¿Poseen armas? —preguntó Muisden.

—No lo sé. Pero me consta que jamás han luchado entre sí. No son belicosos.

—¡Si se mezclan con nosotros, se volverán o sucumbirán! — pareció sentenciar Louise Strong.

* * *

Esperaron un plazo equiparable a dos días. Mientras, tuvieron tiempo de pasear por la plaza, examinar los edificios metálicos que la circundaban y hasta subir a los distintos pisos de la torre, hasta mil metros de altura, sin que en ninguna de las grandes salas encontrasen nada absolutamente.

—Este edificio estaba ocupado por hombres y máquinas dedicados al estudio de la ciencia. Los «baelkeros» más notables, investigaban aquí. Pero al llegar nosotros, se fueron, llevándoselo todo. Sólo dejaron la rosa de cuarzo, cuyas propiedades no ha sabido explicarme Joom-soom, pero que sirve para aumentar, por medio de sus rayos invisibles, nuestra capacidad de asimilación mental.

»Eso lo dejaron porque comprendieron que debían dialogar con nosotros.

También el ascensor les produjo un terrible impacto.

—¿Qué nos impulsa hacia arriba? —preguntó Jarry Drew.

—Joom-soom dijo que existe un campo de energía de gran potencia y que ellos accionan tocando una placa... Ésta. El deseo mental de detenerse en un piso u otro hace el resto. Ante la salida de cada piso deben funcionar fuerzas magnéticas verticales, que vencen la resistencia de la fuerza ascendente-descendente.

También vieron, desde lo alto de la torre, la extensión ilimitada de la megápoli y sus alrededores. La vista era desde allá arriba

impresionante. De haber tenido prismáticos adecuados, incluso habrían podido ver el lugar donde se encontraba la «Vik-19».

Vieron canales de agua que parecía estancada, mares dilatados y verdes, inmensidad de árboles frutales y campos cubiertos de plantas rojas. Pero no vieron ni un solo «baelkero» hasta pasados dos días.

Precisamente, Jean Artoy estaba dormido sobre el camión, cuando Jarry Drew, que permanecía de guardia, le despertó, diciéndole:

—Despierte, señor. Viene un vehículo enorme.

Jean se levantó de un salto y vio aquella enorme casa rodante que se había detenido a menos de cien metros de la base de la torre. Una portezuela posterior se descorrió y aparecieron varios individuos, en todo semejantes a Joom-soom, que avanzaron moviendo rápidamente sus manos inferiores. Como todos vestían exactamente igual, Jean no pudo saber si uno de ellos era el mensajero de la Convención Máxima.

Uno de ellos llevaba una caja metálica en la mano, la cual dejó en el suelo, delante de Jean.

En la mente de éste se formuló en el acto el siguiente pensamiento:

—Hemos traído el transmisor mental mayor que teníamos. Si permanecéis dentro de un radio de acción de diez metros, podréis escuchar nuestros pensamientos y nosotros los vuestros.

—¿Quiénes sois?

—¿No me reconoces? Soy Joom-soom.

—Todos sois exactamente iguales. ¿Quiénes son ellos?

—Son hombres de ciencia... Sí, entiendo. Juzgáis por la impresión de vuestra vista. Eso os confundirá con frecuencia. La luz no es engañosa, sino los sentidos, que, a veces, no están despiertos. Nosotros nos conocemos todos.

—Nosotros también —contestó Jean.

—Porque no sois exactamente iguales. Mis hermanos de la ciencia desean saber si vuestros organismos son idénticos. Quiero decir que si el reconocimiento que os harán a vosotros sirve para todos los demás que han quedado cerca de la Gran Fábrica de Legrek.

—Nosotros poseemos un metabolismo idéntico. Sin embargo, no somos exactamente idénticos. Hay seres más fuertes que otros. El estado de salud de todos nosotros ha de ser bueno. No poseemos enfermedades que nos perjudiquen a nosotros mismos, pero no puedo estar seguro de que no os perjudiquemos a vosotros, o viceversa.

—Eso es lo que tratamos de averiguar. La Convención Máxima continúa reunida. Sabemos que poseéis objetos capaces de destruir, desintegrar y fundir. Eso preocupa a los Nobles Señores. Nos tendréis que entregar esas armas.

—Son instrumentos de defensa —dijo Jean, cautamente.

—Nada tenéis que temer de nosotros. No os haremos daño alguno. Si los científicos demuestran que vuestra presencia física aquí nos puede perjudicar, se os rogará que os marchéis por donde habéis venido —explicó Joom-soom—. Comprendemos que podéis ser un grave peligro para todos nosotros. Por eso queremos establecer de modo seguro qué peligros debemos afrontar y buscar el modo de evitarlos.

—Correctamente. Mis subordinados están enterados de todo y dispuestos a dejarse reconocer cuando gusten.

—Bien, entonces, podemos penetrar en el laboratorio ambulante, donde nuestras máquinas analizadoras os reconocerán y formularán los esquemas metabólicos. No debéis temer nada. Les reconocerán a todas. No teman, por favor.

Tanto Jean Artoy como sus acompañantes habían entendido perfectamente las instrucciones. Por ello, se dirigieron hacia el vehículo y penetraron en una sala perfectamente iluminada desde el exterior, donde se habían colocado seis mesas, sobre las que pendían extraños aparatos de complicado diseño.

Uno de los científicos jovianos, expresó su pensamiento:

— Tiéndanse sobre las mesas. Pronto quedarán dormidos. El reconocimiento será laborioso, pero ustedes no sentirán absolutamente nada.

Jean Artoy fue el primero en obedecer. Los otros, con cierta inquietud, le imitaron.

Luego, el sueño empezó a vencerles…

CAPÍTULO IX

—Comandante Jean Artoy, permítame decirle, en primer lugar, que soy Kata-ema-edek-ma, o sea la «baelkera» 18.457.512, de sexo femenino, de sesenta y dos años equivalentes a los de su raza, y desempeño el cargo de secretaria especial de la Convención Máxima, con sede en la capital, Eeo.

»Tengo ante mí el informe de los científicos que les han examinado a usted y a sus compañeros. Lo ha estudiado el grupo de Nobles Señores y han deliberado acerca de ello, considerando con detenimiento todo lo relacionado con su biomorfología, su evolución genética y su neurosicología. Nos hemos valido de aparatos sumamente complejos que nos han facilitado esquemas inconfundibles tanto de su cerebro, muy importante, como de su organismo físico.

»Ahora bien. Estos dictámenes son enteramente negativos. Por lo tanto, es imposible concederles autorización para permanecer en Baelker, y me han encomendado exigirles que se marchen inmediatamente de nuestro mundo. Es doloroso para nosotros tener que sacrificar tanto al embajador Joom-soom como a los científicos que han estado en contacto con ustedes. Gérmenes patológicos nocivos han podido transmitirse, y de hecho así ha sido, tanto al suelo como al aire.

»Según el informe que tengo en mi poder, ustedes inhalan aire, o sea nitrógeno, oxígeno, hidrógeno y otros gases ligeros y exhalan anhídrido carbónico. Esto enrarecería nuestra atmósfera, viciándola, perjudicando a nuestra vegetación, cuya función clorofílica es absolutamente esencial a nuestra existencia, y terminaríamos por padecer enfermedades extrañas.

»Nosotros no estamos constituidos del mismo modo que ustedes, aunque aparentemente así sea.

»Ustedes expulsan heces nocivas que contaminarían nuestras aguas. Ustedes también resultarían perjudicados de permanecer algún tiempo con nosotros, debido a las radiaciones que reciben constantemente de nuestro Foco Sagrado. A nosotros nos beneficia y a ustedes les perjudica lentamente.

»En otro orden de cosas, ustedes necesitan para alimentarse diez veces más cantidad de elementos naturales que nosotros y, en especial, han podido observar nuestros hombres de ciencia que algo esencial para su organismo, y cuyo objetivo no hemos podido precisar, no existe absolutamente en Baelker.

»El informe indica que se trata de una sustancia peligrosa, muy

necesaria para el funcionamiento de su cerebro, y que, al carecer nosotros de ella y no podérsela ofrecer, les iría mermando facultades mentales, hasta eliminarles en poco tiempo.

»La comisión de científicos ha indagado en los conocimientos de ustedes y han hallado un nombre extraño para catalogar esa sustancia, a la que ustedes llaman fósforo, o algo semejante.

»Ésa es la consecuencia biológica del estudio. Nuestra atmósfera ahora les produce euforia; luego les sumirá en el tedio y la locura. A nosotros nos vician el ambiente. Será preciso descontaminar toda la zona que han ocupado ustedes durante estos días y mantener la evacuación bastante tiempo.

»Ha decidido también la Convención Máxima facilitarles ayuda, si la necesitan, para que se marchen cuanto antes. Sin embargo, los mismos científicos que les han reconocido, les someterán a un tratamiento especial que borrará, en pocos días, todo lo que retengan en su memoria acerca de lo que han visto aquí.

»El dictamen recomienda que nos preservemos de la invasión de seres como ustedes. Por ello, condicionaremos sus mentes a un momento exacto de tiempo anterior al de la perforación de la cubierta de titanio, la cual "no habrán atravesado ustedes jamás”.

»De este condicionamiento, tampoco tendrán memoria. En sus mentes quedará un vacío amnésico que rellenarán ustedes con la explicación de inconsciencia debido al excesivo calor dentro del túnel dé perforación.

»A nuestra vez, nosotros cubriremos el agujero con nuevo titanio fundido, aumentando inmediatamente el campo magnético de protección, para que cualquier intento de perforación les disuada de volver a nuestro mundo interior.

»Como usted sabe, nosotros somos seres centrífugos. Vivimos enclaustrados dentro de los límites de nuestro propio encierro. Usted podrá imaginar que Baelker es un mundo enorme, cosa que a nosotros no nos lo parece.

»Aquí tenemos que reproducirnos exactamente en la misma cantidad en que los individuos fallecen. La cantidad de seres de nuestra raza es constante. Todos los números son limitados por un fin que conocemos perfectamente.

»En cambio, ustedes siguen otra trayectoria expansiva. Son centrípetas y han logrado evadirse de las leyes de gravedad o de retención de su mundo. Eso les permite viajar a otros planetas, vivir libres e ir donde sus máquinas siderales les permitan, que será cada vez más lejos.

»Agradecemos profundamente el interés mostrado por usted en

entablar relaciones que, de haber sido otras las circunstancias, nos habrían favorecido mucho, aunque nuestros mundos sean distintos. No dudamos que, respondiendo a la buena voluntad de los humanos, quizás habríamos podido entablar un amplio intercambio cultural y científico.

»Todo ello no es posible por las razones expuestas. Aun admitiendo que nosotros seamos superiores en muchos aspectos, ustedes lo son en otros.

»Hemos sabido que son ustedes belicosos, egoístas, ambiciosos que mienten, que hacen cosas sin necesidad de hacerlas, que olvidan la experiencia, que desobedecen leyes, que son altivos, soberbios, despreciativos, ofensivos, vanidosos, que matan, que roban, y que infringen incluso las propias leyes naturales.

»Cada uno de los individuos de la raza humana se considera distinto a los demás, por instintivo sentido de egocentrismo, siendo, por el contrario, una consecuencia falsa de su propia insignificancia. No existe la unidad más que por conveniencia colectiva.

»Una raza no debe ser así, a juicio de nuestros sicólogos. El esfuerzo común es lo que debe prevalecer. Pero ustedes no pueden alcanzar esa unión, porque sus propias ambiciones les separan.

»Tienen poca experiencia de raza. Han estado divididos siempre, luchando entre sí y creando su progreso, que, naturalmente, habría sido mucho más amplio y dilatado, de haberse mantenido siempre unidos desde el principio de los siglos.

»Por otra parte, creemos que esa unión se alcanzará alguna vez, cuando hayan de enfrentarse a las supercivilizaciones del universo. Entonces tendrán que someterse por pura razón de supervivencia. Mientras que ustedes han ido descubriendo razas inferiores, de su mismo origen, y sometiéndolas, para luego absorberlas en el paulatino desarrollo, y todo se ha quedado circunscrito a su ámbito local, han podido ser como seres primitivos. Luego, eso no podrá ser. Se les darán leyes que deberán obedecer y cumplir, de lo contrario, dejarán de existir como raza en el concierto universal, donde el tiempo no cuenta.

»Éste es el resumen de nuestra decisión. Las razones que nos inducen a comportarnos de este modo están claras. Nosotros somos conscientes de nuestra limitación. Deploramos no poder mezclarnos con ustedes y seguirles en la maravillosa aventura de la expansión sideral y cósmica, de la que nuestros antepasados formaron parte en otros mundos exteriores.

»Ahora debemos vivir en los mundos anteriores, hasta' que Dios nos destruya. Ése es nuestro destino. No podemos hacer nada más de

lo que hemos hecho, que fue mucho, sin duda, a juzgar por los legados que nos dejaron nuestros ancestores.

»Unas razas fueron cima de las civilizaciones. Otras lo serán. Ése es el camino de la evolución. La historia de ustedes ha demostrado que hubieron pueblos superiores, dirigidos por hombres sabios y relevantes, que impulsaron las ciencias y el progreso, para luego caer en la abulia y casi perderse todo lo conquistado. Son avances y retrocesos de la historia, lógicos y naturales. El esfuerzo común, la unión de una raza, la lucha constante y colectiva es lo que hace vencer en todos campos al dominio ciego y hostil de la naturaleza.

»Ustedes han de vencer muchas enfermedades. No tienen por qué sufrir necesidades, cuando disponen de recursos naturales que, bien distribuidos, alcanzan para todos.

»Ustedes han de formar aún las legiones de los conquistadores .de los nueves universos, vencer todos los obstáculos que hallarán en su camino, y que son muy superiores y mucho mayores de lo que todavía han de imaginar siquiera, hasta alcanzar el destino para el cual han sido creados, y que, nadie, excepto el Creador, solamente conoce.

»Puede ocurrirles, como les ha ocurrido a muchas razas, que desaparezcan sin haber llegado a su destino final. La naturaleza, el mayor enemigo que tienen, les puede vencer.

»Ésa es la ley natural y universal. Si una tormenta eléctrica asustó e hizo caer de rodillas a sus antepasados, implorando la protección divina, sus descendientes harán lo mismo cuando presencien una formidable tempestad sideral, cientos de millones de veces más destructiva que una borrasca local.

»Ustedes habrán de vencer infinidad de obstáculos en su marcha hacia la conquista del universo. Puede que estén a punto de desaparecer, que estallen mundos y se eclipsen soles inmensos. Pero si su ciencia es perfecta, si salen victoriosos de todos los embates adversos, pueden llegar a su destino.

»En cambio, nosotros volvemos de él. Vencieron nuestros antepasados y ahora languidecemos aquí, enclaustrados en un mundo hueco, disfrutando de la paz y la calma de las razas viejas.

»Ése es el camino a seguir. No podemos mezclarnos. Ustedes volverán a su mundo, porque nosotros no podemos eliminarlos. Tampoco podemos revelarles la verdad. Sólo queremos que la comprendan en este mismo momento, como descargo a nuestras conciencias civilizadas.

»Luego, nos olvidarán… Nos olvidarán…, nos olvidarán…

* * *

Jean Artoy fue el primero en alzar la cabeza. Vio a sus subordinados tendidos en distintas posturas, yaciendo sobre la arena del suelo, cerca de donde estaba la nave-sonda.

A su lado yacía Iwry Gwanda. Algo más allá estaban Louise Strong, Diana Olsen, Herman Bowl, John Walton, Jiller, Tana Seller, el doctor Trevor, el mecánico Beery, el teniente Jarry Drew, etc., etc. Ni siquiera faltaba uno.

En la mente de Jean Artoy había un vacío absoluto de ideas. Sólo retenía el condicionamiento mental, claro y terminante, de reparar cuanto antes la nave, y regresar al exterior de Júpiter.

Por este motivo, se levantó y se inclinó sobre la postrada e inerte Iwry Gwanda.

—¡Teniente Gwanda, despierte!

Fue preciso sacudirla varias veces, con energía, para que la teniente negra moviera los párpados y mirase a su jefe, aturdida.

—¡Oh, señor! ¿Qué nos ha ocurrido?

—Nada, Iwry. Es preciso que despierten todos. Hay que reparar la nave inmediatamente.

—Sí, señor.

Iwry se pasó la mano por la frente y se levantó. En aquel mismo instante, se despertaba también la comandante Louise Strong. Se agitó y Jean se acercó a ella, alzándole la cabeza.

—Comandante Strong, ¿cómo se encuentra?

—Oh, siento como un vacío en la mente, señor.

—Le ruego que se levante. Hay mucho que hacer.

—¿Dónde estamos?

—No lo sé. No debemos preocuparnos de nada, excepto de reparar la nave. Hemos salido a un mundo extraño, del cual debemos escapar cuanto antes. Reúna usted a sus subordinados y que se pongan Inmediatamente al trabajo.

—Sí, señor. A la orden.

Louise Strong se levantó de modo casi maquinal. Algunos de los demás tripulantes de la «Vik-19» se despertaban en aquel instante. Otros fueron sacudidos por sus compañeros.

Todos parecían aturdidos, como sonámbulos. Los jefes de sección transmitieron las órdenes y éstas se empezaron a ejecutar sin pérdida de tiempo.

Pronto, en torno a la nave-sonda reinaba una gran actividad. Las órdenes se hicieron primero de forma verbal. Los mecánicos e ingenieros sacaron del interior herramientas auxiliaron y formaron dos trípodes de acero ante las coronas de proa y popa. Luego, en

inverosímiles condiciones, los maquinistas a las órdenes de Louise Strong, hicieron funcionar ligeramente las máquinas, hasta conseguir que la nave girase sobre su propio eje longitudinal y recobrase su posición horizontal.

Nadie se alegró del éxito. No parecía tener importancia lo que realizaban. Eran como robots cumpliendo una misión preestablecida. Aquél no era su mundo y debían abandonarlo sin atender a nada más.

Inmediatamente después de haber enderezado la nave, equipos de reparación procedieron a soldar la brecha practicada en el costado, trabajo este que les llevó algunas horas. Tuvieron que abrir compuertas y volver a poner en funcionamiento los generadores de neutrones, con lo que se restableció la energía a bordo.

A partir de aquel momento, todo quedó reducido a las reparaciones interiores de índole secundaria, y para la que había equipos especializados.

Por su parte, Jean Artoy y su ayudante examinaron el lugar en donde habían perforado el suelo, para salir a la parte interior del planeta.

—Por aquí hemos de regresar, teniente Gwanda — observó Jean—. Realice los cálculos necesarios para ejecutar la maniobra de deslizamiento.

—Debemos repasar las reservas de energía. Hay que controlar las distancias y las durezas halladas en la perforación.

Ninguno de ellos, como si lo tuvieran absolutamente prohibido, se fijó siquiera en la luz blanca que brillaba en el cielo. Tampoco miraron los edificios de metal azul, ni se sorprendieron de haber hundido uno de ellos. Los árboles rojos no tenían sentido ni les llamaba la atención.

Realmente, eran autómatas cumpliendo una misión importante.

Ni siquiera hubo entre todos ellos la más mínima alusión personal. Ahora se comportaban todos con el celo y la obediencia que siempre había caracterizado a los tripulantes de la nave-sonda.

Iwry Gwanda realizó sus cálculos y dio la información a Jean, quien, con sus propios datos, lo sometió todo al análisis de la «DJLS-234». Al final, el programa de regreso quedó establecido.

Cuando los equipos de reparación fueron terminando sus misiones, comunicaron también al puesto de mando que el trabajo había sido ejecutado y esperaban órdenes.

Cuando Jean Artoy recibió la última comunicación, la única palabra que dijo, fue:

—Aguarden.

Entonces, se dirigió a la puerta, la cual se descorrió

electrónicamente. Iwry Gwanda le vio pasar, sin despegar los labios.

Jean salió al pasillo y avanzó por él, descendiendo hasta el hangar de acceso a la nave, cuya escotilla estaba abierta. Dos hombres del servicio de vigilancia, André Muisden y un joven llamado José Alfonso, estaban allí, en posición de espera.

Jean Artoy pasó entre los dos, descendió por la pasarela y se dirigió hacia el edificio azul situado a unos cien metros. Parecía un autómata al caminar. Iba como atraído hacia allí por una llamada mental y extraña, de la que no podía sustraerse.

Subió la ligera rampa y penetró en el interior, donde ahora existía un extraño mobiliario, de acuerdo con los gustos y necesidades de los «baelkeros».

El lugar no estaba vacío. Ocho individuos estaban allí, de pie, en fila, gravemente iguales. Sus ojos miraron a Jean, quien fue a situarse delante de uno de ellos, el cual tenía una rosa de cuarzo en la mano derecha.

Aquel individuo era Joom-soom.

—Ha llegado la hora de despedirse, comandante Artoy —expresó Joom-soom su pensamiento, valiéndose de la «rosa de cuarzo»—. La ley dictada por la Convención Máxima se ha cumplido.

»Le he hecho llamar, señor de raza humana, para ofrecerle este obsequio en nombre de los Nobles Señores. Me lo ha enviado Kata-ema-edek-ma. Es un regalo personal para usted por la bondad con que su subconsciente ha recibido nuestras instrucciones.

»Debo comunicarle, comandante Artoy que tanto yo como los sabios aquí presentes, hemos de inmolarnos una vez se haya realizado la descontaminación de este lugar invadido por ustedes. Así se ha decretado. Vamos a desaparecer para siempre y es justo, porque si no lo hacemos, muchos de nuestros semejantes podrían morir más tarde, por contagio. Es la naturaleza la que nos separa.

»Personalmente, habría estimado y agradecido el honor de contar con la amistad de todos ustedes. Ello no es posible. Por lo tanto, les deseo a todos mucha suerte.

— Gracias, Joom-soom. También para mí habría sido un alto honor vivir en este mundo maravilloso, en compañía de seres que tienen tanto que enseñarnos. Las circunstancias, empero, mandan. Nuestro mundo es otro. Debemos regresar a él.

»Siento profundamente que nuestra involuntaria presencia aquí les obligue a ustedes a inmolarse. Si ello fuese factible, daría mi vida para evitar que eso ocurriera. Nosotros ignorábamos el daño que les hacíamos al perforar la corteza que les protege del exterior.

»Ya no tiene remedio y lo debemos acatar como algo imprevisible.

—Gracias, comandante Artoy. Sabemos que no fue de usted la culpa —contestó Joom-soom—. Acepte este obsequio y llévelo siempre consigo. Sabemos que le será útil para entenderse mentalmente con otros seres del universo.

»Usted, naturalmente, creerá que esto fue hallado en la perforación. Ninguno de los científicos terrestres sabrá cómo ha llegado a su poder. Aparentemente, es una piedra extraña. La clasificarán como mineral raro y usted pedirá que se la cedan, en lo que será complacido. No recordará nada de cuanto ha visto aquí. Por ello ignorará el valor de esta piedra.

»Sin embargo, su subconsciente conservará el deseo de poseerla. Le repito que le será muy útil en sus futuros viajes por el universo.

»Ah, y olvidaba otra recomendación importante que ha de quedar grabada en su subconsciente. Debe de sentir creciente simpatía y estimación por la comandante Louise Strong.

Jean Artoy pareció sufrir un estremecimiento.

—Yo amo a la teniente Gwanda.

—Sus sentidos le engañan, comandante. Sabemos científicamente que su compañera ideal es la comandante Strong. Ella le dará hijos sanos y fuertes que serán su felicidad futura. Si no hiciese caso usted a esta recomendación y eligiese a otra mujer, no sería feliz.

»Su subconsciente recordará esto de modo instintivo, pero ignorará la razón. Usted obedecerá la súplica de unos seres destinados a una inmolación inmediata y necesaria. No quiere saber las razones, porque no las comprendería… ¡Hará usted caso a este consejo!

Epílogo

—Señor, hemos restablecido las comunicaciones con la estación de control de la «Super-star» —llegó hasta Jean Artoy la voz excitada de la sargento Seller.

—Comuníqueme inmediatamente con el Alto Estado Mayor del Almirante Vezelay —pidió Jean Artoy.

Iwry Gwanda se levantó de su asiento y se acercó a la mesa computadora de su jefe. En sus grandes ojos había una expresión angelante.

—¡Al fin! —exclamó.

—¿Ha repasado usted todas las órdenes, teniente Gwanda?

—Sí, señor. Una bobina entera ha quedado anulada a consecuencia del fuerte magnetismo. No ha habido forma de reproducir las órdenes, ni sabemos exactamente lo ocurrido.

—Debemos atribuirla a accidente… ¿V esa condenada piedra amarilla?

—En la cámara de analización no saben nada de ella.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Lo ignoro, señor.

De nuevo la voz de Tana Seller llegó a través del altoparlante;

—Comandante Artoy, comunicación prioritaria con el Almirante Vezelay.

—Sí, ¡pronto…! ¿Señor Almirante?

—¿Qué diablos les ha ocurrido, comandante Artoy? ¡Nos han tenido extraordinariamente preocupados! Su último informe nos comunicaba que habían logrado perforar el estrato de titanio endurecido. Desde entonces no hemos sabido nada más de ustedes. Les dábamos por muertos y pensábamos enviar una nave-sonda de rescate.

—Lo siento, señor Almirante —replicó Jean Artoy—. Continuamos profundizando en terreno relativamente blando. La electrosonda nos indicaba un límite a mil metros. Debimos rebasarlo y caer en alguna caverna, de lo que no tenemos constancia. Algún campo magnético nos bloqueó.

»Hemos permanecido cuatro días inconscientes. Es un fenómeno extraño producido por el magnetismo. Aconsejo abandonar las perforaciones en este planeta. Podrían ser fatales.

—¿A qué profundidad han bajado?

—A más de tres mil quinientos metros.

—¡Es todo un récord! ¿Dónde se encuentran ahora?

—Regresamos por el pozo primario y nos encontramos a unos mil

metros de la superficie, perforando sin dificultad por popa.

—¡Me ha quitado usted un gran peso de encima, comandante Artoy! Ha debido ser una perforación muy accidentada.

—En efecto, señor.

—¿Minerales extraños?

—Ninguno, señor... Bien —Jean miró la piedra de cuarzo que tenía sobre la mesa—. Sí, un cristal de rara configuración que hemos analizado y no corresponde a ningún material clasificado. En realidad, ni siquiera sé cómo ha llegado a mi despacho. No parece haberlo traído nadie. Y eso me extraña sobremanera.

—¡Los fantasmas del subsuelo, comandante! No se inquiete. Causas fútiles. No lo tendremos en cuenta. Una piedra sin clasificar no tiene importancia. Puede usted quedársela de recuerdo.

»Luego, hágame un informe completo. Le espero mañana en la «Super-star», comandante Artoy.

—Allí estaré, señor. Gradas.

—Las gracias a usted, por quitarme un gran peso de encima. Las otras expediciones no han encontrado nada, excepto un gran campo magnético interno. Esto es un mundo muerto, como la Luna. Estoy deseando regresar a La Tierra. Mi hija Ivette quiere casarse con un oficial de origen británico y no me perdería esa boda por nada del mundo.

—Es una gran noticia, señor. Felicidades.

—- Gracias, Artoy. Le hago una apuesta a que antes de un mes estamos de regreso en la base de Sidi-Barrani.

—Espero que así sea, señor. Por mi parte, estoy a las órdenes de usted para realizar todas las perforaciones que sean necesarias.

—Realizaremos algunas perforaciones poco profundas en distintos lugares. Unos centenares de metros, todo lo más, para cubrir el expediente. Hielo y amoniaco, es todo lo que hallaremos.

»No quiero correr el riesgo de perderle de nuevo. El campo magnético interior debe ser muy peligroso.

—Eso parece, señor.

—Bien, comandante Artoy. No se preocupe de nada más. Me he alegrado mucho de volverle a oír... ¡Ah, comunique a su ayudante que su ascenso a capitán ha sido aprobado!

—Lo está escuchando, señor Almirante.

—¡Gracias, señor Almirante! —exclamó Iwry Gwanda, llena de regocijo.

—Se ha aprobado también el ascenso del mayor Herman Bowl, a comandante de máquinas... Y siento comunicarle, por otra parte, que a la comandante Strong se la retira temporalmente del servicia activo —

añadió el general Vezelay.

—¿A qué es debido eso, señor Almirante?

—Asuntos particulares. Al parecer, Louise Strong estaba prometida a un importante financiero americano, cuya influencia ha logrado su propósito. No quisiera enfrentarme yo a la familia Ellis. Son peces muy gordos.

»La comandante Strong disfrutará de seis meses de permiso para solucionar sus asuntos particulares. Si quiere mi consejo, que acepte a Jimmy Ellis y se case.

—Estoy enterado de ese asunto, señor Almirante. La comandante Strong rechazó a Jimmy Ellis para venir a esta nave, en la que va a trabajar con toda ilusión y cariño.

—Yo no les envidio a ustedes, comandante Artoy. Es un trabajo muy eficiente el que hacen, pero muy peligroso. Merecen las más altas condecoraciones.

»Sin embargo, en el caso de la comandante Strong, se trata de una orden especial que viene del Gobierno. Yo no puedo desobedecerla. Lo siento. Espero verle mañana, comandante Artoy.

El Almirante Vezelay cortó la comunicación. Jean frunció el ceño y miró a su ayudante con fijeza.

—Los Ellis han tendido una emboscada a Louise Strong.

—No le entiendo, señor. ¿Por qué dice usted eso? ¿Quiénes son los Ellis?

—Anoche estuve cenando con la comandante Strong y me contó su historia. Un importante personaje de las finanzas americanas está enamorado de ella.

—La comandante Strong es la mujer más bella de esta nave, señor.

Jean guardó silencio irnos instantes y luego dijo, pensativo:

—¿Por qué tendré yo la sensación de haber estado enamorado de usted, capitán Gwanda?

—¡Oh, qué absurdo, señor! Soy de color.

—¿Y eso qué importa?

—Tengo un pretendiente en Panamá, señor. Se llama Billy y es ingeniero de construcciones navales. Hace tiempo que no le veo, porque le enviaron al Japón, pero antes de emprender este viaje, me llamó por «telvox».

—Le deseo suerte con él, capitán Gwanda. Puede que volvamos pronto a la base.

* * *

Jean Artoy, ataviado con su uniforme nuevo, impecablemente de

blanco y oro, se detuvo ante la puerta de la cabina particular de la comandante de máquinas. Antes de llamar ante el micrófono, se arregló las solapas, examinándose hasta los pies, cuyas botas plateadas estaban relucientes.

—¡Comandante Strong!

—Sí. ¿Qué desea, comandante Artoy? —respondió la voz de Louise.

—Deseo hablar con usted.

—Un momento, señor. No estoy vestida adecuadamente… En seguida le recibo.

A los pocos segundos, Louise, con el cabello suelto, sin casco, y vistiendo un elegante «deshabillé», le abrió la puerta, sonriendo:

—Pase usted, señor. ¿En qué puedo servirle?

Jean entró y miró en derredor. La reducida cabina estaba limpia y ordenada.

—¿No me invita a una copa, comandante?

—¡Oh, sí, señor! Siéntese, por favor. Una jefe de máquinas no dispone de tanto sitio como usted.

—No se preocupe, Louise.

Ella se lo quedó mirando fijamente durante unos segundos.

—Me ha llamado por mi nombre de pila —observó—. ¿Está establecido así en él nuevo reglamento?

—Louise, tengo la sensación de haberla tratado antes con mayor intimidad.

—¡Yo tengo la absoluta certeza de que eso no es cierto, comandante Artoy! —replicó ella, con altivez.

— Quizá sea una anticipación —dijo él, sonriendo.

—Confío en que no haya venido usted a pedirme en matrimonio. Ya le conté anoche un retazo de mi vida sentimental. Sabe que elegí este puesto en vez del matrimonio.

—He venido a darle una mala noticia, Louise.

El semblante de Louise Strong se turbó.

—¿Qué mala noticia?

—El Almirante Vezelay me ha comunicado haber recibido una orden de permiso forzoso de seis meses.

—¿Me retiran del servicio?

—Así es.

—Pero… ¡eso es inaudito! ¡Yo no he pedido permiso de ninguna clase!

—Desde luego. Lo ha pedido otra persona, que parece tener mucha influencia en el Gobierno.

—¿Jimmy Ellis?

Jean Artoy asintió con la cabeza.

—¡No lo quiero!

—La orden ha venido de arriba. Es inapelable.

—¡Jamás me casaré con Jimmy!

—Entonces, cásese usted conmigo, Louise.

Ella se quedó con la boca abierta, atónita e incrédula.

—¿Qué ha dicho, comandante Artoy?

—Que se case conmigo. Le hago una formal petición de matrimonio. No es ningún disparate. Existen muchos jefes casados con oficiales femeninos. Se respeta mucho el matrimonio en el ejército. Nadie podría separarnos. Si me cambian de destino, la cambiarán a usted también...

Louise se echó a reír de repente.

—¡Qué divertido, comandante Artoy! Hasta hace muy pocos días creí que era usted un robot con galones de comandante. Ahora me sorprende mucho darme cuenta que es usted de carne y hueso... ¡Su proposición, desde luego, no tiene nada de romántica!

—Pero es práctica. Usted no quiere casarse con Jimmy Ellis. Él, en cambio, parece estar dispuesto a remover cielo y tierra con tal de llevarla ante el juez de paz.

»Le brindo una solución. Cásese conmigo y se verá libre de las influencias de los Ellis.

—Desde luego, es usted práctico, comandante Artoy. Es una excelente solución. Jimmy Ellis dejaría de molestarme. No le quiero y no me casaré con él... ¡Pero tampoco le quiero a usted! Comprenda que la solución es negativa.

—Lo siento —dijo Jean, poniéndose en pie—. En tal caso, aguardaré a que me quiera. Mientras tanto, habrá de aceptar usted ese permiso obligatorio, volver a La Tierra y capear a su enamorado millonario. La insistencia de ese individuo es proverbial. La única explicación que veo es la excepcional belleza de usted, Louise.

—¿Puedo exigir que me trate de acuerdo con mi rango, comandante Artoy?

—No se moleste. Estoy dispuesto a portarme con mayor insistencia que Jimmy Ellis. Y tengo todavía bastante tiempo antes de que volvamos a La Tierra. Nuestro círculo es más reducido. Como jefe de esta unidad, puedo estar a todas horas enviándole saludos y cumplidos. El reglamento no me lo impide en absoluto.

—Pues le anticipo que pierde usted el tiempo.

—¿Quiere usted a otro hombre?

—No. Quiero a mi profesión.

—Si me acepta, no tendrá que separarse de ella.

—Es un tanto a su favor, comandante Axtoy. Pero no es suficiente — Louise se volvió de espaldas y sonrió para sus adentros —. Tiene usted que convencerme mejor.

Él no vaciló. Se acercó a ella y la sujetó de los hombros, obligándola a volverse. La sangre huyó de las mejillas de Louise cuando vio el rostro de él tan cerca del suyo.

—¿Qué hace usted?

—Voy a besarla.

—¡No se atreverá!

—Ya lo creo que sí... Véalo.

Antes de que ella pudiera retirar el rostro, Jean le sujetó la cabeza y puso sus labios sobre los de ella. Louise forcejeó sólo unos instantes, luego, se abandonó, cerrando los ojos. Un gemido pareció surgir de su garganta.

—No has debido hacerlo. Jean —murmuró ella.

—Te quiero. Tenía que hacerlo —respondió él

Louise le miró fijamente a los ojos, sin desprenderse de su cuello.

—Todos creen que estás enamorado de tu ayudante.

—¡Eso no es cierto, Louise! Iwry quiere a un ingeniero de Panamá. Ella es de color.

Se miraron de nuevo y sus labios volvieron a unirse. Después de un prolongado y encendido beso, Louise murmuró:

—Después de todo, es la mejor solución. Nos casamos cuanto antes y Jimmy Ellis no tendrá más remedio que darse por vencido. No le quiero porque es un individuo caprichoso y engreído. Se cree que el dinero lo consigue todo.

»Una mujer necesita un hombre por marido... Un hombre como tú, Jean. No un títere cargado de dinero...

— Es mejor que no digas nada más que una cosa. ¿Quieres casarte conmigo?

* * *

Jean Artoy y Louise Strong contrajeron matrimonio en la «Superstar», durante el viaje de regreso a La Tierra. La misión a Júpiter había terminado y nadie sabría nunca lo que, en realidad, habían encontrado allí.

Sin embargo, pronto descubrió Jean las increíbles y maravillosas propiedades de la «rosa de cuarzo», porque siempre que se encontraba cerca de aquella extraña roca, podía captar perfectamente los pensamientos de las personas que estaban a su lado.

Al principio, no creyó que fuese la piedra de desconocida

procedencia la que producía el «milagro». Cuando el hecho llamó su atención, meditó, analizó y dedujo y, por fin, centró su atención en el objeto.

Jean Artoy sólo reveló el secreto a su esposa.

Sin embargo, aquella extraña piedra habría de ser un talismán importantísimo en su vida, pudiendo, por medio de ella, descubrir muchos secretos existentes en las mentes de las personas con quienes trató.

Un privilegio semejante tenían todos los que trataban con Jean en presencia de la piedra mágica. Su mente era como un libro abierto para todos. Y la verdad favoreció toda la existencia del hombre que pronto se haría famoso en el Sistema Solar, y a quien jamás interesó la riqueza.

Nunca, sin embargo, pudo saber lo que había ocurrido en Baelker.

Pero fue muy feliz con Louise. Mucho más de lo que soñó.

FIN

«ESPÍA CÓSMICO»

Addison Starr

¡Era «algo» invisible energía pura y puro pensamiento vivo!

Llegó de otras Galaxias, pero no era un invasor, sólo un amable galáctico, que en la Tierra se hizo: ESPÍA CÓSMICO.

BOLSILIBROS TORAY

OESTE


ARIZONA
Publicación quincenal. 9 ptas.


RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 9 ptas.

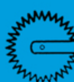


SEIS TIROS
Publicación quincenal. 9 ptas.


HURACÁN
Publicación quincenal. 9 ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 9 ptas.


ESPUELA
Publicación quincenal. 9 ptas.

OESTE
BEST-SELLERS DEL OESTE Los mejores "westerns" americanos.
Precio: 20 ptas. Publicación quincenal.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 9 ptas.



ANTICIPACIÓN


CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 9 ptas.


ESPACIO
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPIONAJE



Aventuras de dos extraordinarios espías.
9 ptas. Publicación quincenal.


Una selección de autores franceses.
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.

POLICÍACO

HURÓN Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crímenes, suspense... Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.

